

RECUPERANDO LA UNCIÓN PERDIDA



OSVALDO REBOLLEDA

RECUPERANDO LA UNCIÓN PERDIDA



Oswaldo Rebolleda

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores Latinos**

Solo revisión ortográfica: **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
¿Qué entendemos por unción y pérdida?.....	10
Capítulo dos:	
¿Qué entendemos por cristianos?.....	23
Capítulo tres:	
Lo pisado de un pasado que enseña.....	35
Capítulo cuatro:	
El descuido de la unción.....	48
Capítulo cinco:	
Algunos enemigos de la unción.....	59
Capítulo seis:	
Buscando la unción de la manera correcta.....	76

Capítulo siete:

Nuestro mayor y mejor ejemplo.....91

Reconocimientos.....105

Sobre el autor.....107



INTRODUCCIÓN

*“Yo dije al Señor: Tú eres mi Señor;
Ningún bien tengo fuera de ti”.*

Salmos 16:2

Después de muchos años de tratar con hermanos, uno puede distinguir entre los que son espiritualmente inmaduros y los maduros, los cuales expresan cuestiones lógicas del crecimiento. Esto es sano y necesario, porque así es la dinámica de la vida espiritual. Pedir mayor entrega o ciertas responsabilidades a un inmaduro, es tan absurdo como pedir a un niño que atienda un negocio o conduzca un vehículo.

También veo las actitudes de los que solo viven en la dimensión de su alma, los que son carnales y no viven bajo el gobierno del Espíritu Santo. En tales casos, la cosa cambia, porque hablamos de personas maduras que en su totalidad deberían estar funcionando en la unción. Debemos reconocer que hay algunos carnales y almáticos que eligen ese estado, pero por otro lado, tenemos a quienes se dan cuenta de eso y no desean vivir así, solo que no saben cómo vivir en la unción, y a estos pretendo ayudar con este material.

No es que pretenda juzgar a mis hermanos, Dios no permita un pecado así, es que simplemente se pueden apreciar las diferencias, y mi trabajo en el Señor es

perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, que es la edificación del cuerpo de Cristo (**Efesios 4:11 y 12**). En ese intento, es necesario para mí la observación porque, de esa manera, puedo diagnosticar motivos y ofrecerles ayuda.

Muchos otros hermanos que observo son los que están sirviendo en algún área de liderazgo en su congregación, o incluso ejerciendo su rol como ministros ordenados. Esto los expone mucho más, porque permanentemente están siendo observados por todos; y en sus casos, también veo claramente a los que operan desde la unción y los que gestionan sus tareas con sus propias buenas intenciones.

En todos los casos, cuando hablamos de verdaderos hermanos regenerados por el Espíritu, encontramos el deseo de estar bien con el Señor y disfrutar de Su presencia. Por supuesto, algunos hermanos, por causa de sus necesidades, no están pensando en la presencia de Dios, sino pidiéndole sanidad, liberación, paz, prosperidad o bienestar en el área que necesitan.

Es decir, algunos siempre están hambrientos de Dios, pero otros, demasiado enfocados en sí mismos, no reparan en eso, y ni siquiera piden por Su presencia. No procuran mayores revelaciones de la verdad y no buscan un nivel mayor de espiritualidad. Otros, tal como mencioné anteriormente, están sirviendo y puede que lo hagan con gran esmero, pero, trabajando para Dios, se han olvidado de Su presencia como el objetivo principal.

Algunos me expresan que en tiempos pasados vivieron cosas extraordinarias con el Señor, pero que ya no tienen esas experiencias. Otros no dicen nada, pero los veo tratando de dar lo que no tienen. Lucen secos, sin frescura, sin gozo espiritual, sin lo que habitualmente llamamos la unción.

Están los que no tienen interés, o al menos es lo que demuestran, y están los que desean recuperar su estado espiritual y no saben cómo hacerlo. Algunos ignoran su verdadera condición y otros están sufriendo mucho al no sentir permanentemente la presencia del Señor. De hecho, hay quienes creen haber caído y no pueden levantarse; no importa cuánto lo hayan intentado, no han podido volver a sentir la plenitud espiritual que alguna vez disfrutaron.

Hay muchos hermanos que saben que han descuidado la unción, que no han cuidado su comunión con Dios y que incluso sus dones parecen haberse apagado. No sienten la brillantez que produce la sabiduría divina y sienten como si sus palabras fueran carentes de peso espiritual. No importa lo que digan ni cómo lo hagan, ellos saben que no obtienen resultados, que sus palabras, aunque sean sacadas de la Biblia, no tienen poder para producir cambios.

Ciertamente hay muchos casos que podría enumerar y cada quien sabrá en cuál encaja. Lo cierto es que todos necesitamos de Su presencia, porque no hay plenitud sin sentir Su fluir permanente. En este libro, propongo darles principios de cómo recuperar la unción, permanecer en ella y

cómo actuar para no descuidarla tomando livianamente alguna de sus demandas.

Mi intención es que los hermanos puedan vivir en la unción, no que reciban su toque en una reunión de culto. Mi intención es que los líderes gestionen sus acciones en la sabiduría y el poder de Dios, que el impulso que los mueva y la fuerza que puedan necesitar provenga de Dios. Mi deseo es que todo predicador de la Palabra pueda recibir riquezas para compartir y que al expresarlas, sientan que el río de Dios las está impulsando directamente al corazón de todos los oyentes.

Deseo que los que alguna vez caminaron en la unción y sienten que la han perdido, puedan recuperarla. Deseo que los que nunca la han experimentado de verdad, puedan sentirla y que todos, como hijos de Dios, podamos hacer honor a lo que verdaderamente significa ser cristianos.

He conocido a un sinnúmero de ministros hermosos, que saben cómo hacer muchas cosas y que son muy dedicados para la obra, pero en realidad, no saben cómo funcionar en la unción del Espíritu Santo. Estoy seguro de que este libro podrá ayudarlos a lograrlo, porque en estos tiempos que estamos viviendo y a la vista de lo que se viene, necesitaremos brillar con la vida y la verdad como nunca antes, y los ministros que no dependen de la unción dejarán de ser efectivos si persisten en las simples gestiones naturales.

Recordemos que cuando hablamos de la unción, hablamos de una persona, no de una cosa. Esa persona es el Espíritu Santo, y si aprendemos a vivir en Él, obtendremos grandes resultados. Espero, a través de este libro, enseñarles principios duraderos que hagan que la manifestación de la unción de Dios aumente cada día en sus vidas y, al mismo tiempo, que puedan obtener grandes resultados en sus llamados ministeriales.

Por alguna razón u otra, el sentido de pérdida marca profundamente nuestros corazones, llevándonos a pensar en el fracaso, en tiempos perdidos, en esfuerzos innecesarios, en la falta de motivación para continuar. El sentido de pérdida encierra las emociones y detiene nuestra fe, por eso deseo demostrar que con Dios podemos recuperar lo perdido, sobre todo cuando se trata de la unción.

Aun así, si hemos perdido otras cosas, también brindaré soluciones, porque no tengo dudas de que para poder recuperar todo lo externo, o las cosas naturales que hemos perdido en la vida, primero tenemos que recuperar la plenitud en nuestro ser interior, y este libro les ayudará a lograrlo.

“Pon toda tu confianza en Dios y no en lo mucho que sabes. Toma en cuenta a Dios en todas tus acciones, y él te ayudará en todo”.

Proverbios 3:5 y 6



Capítulo uno

¿QUÉ ENTENDEMOS POR UNCIÓN Y PÉRDIDA?

“Pero ustedes tienen la unción del Santo, y todos ustedes lo saben. No les he escrito porque ignoren la verdad, sino porque la conocen y porque ninguna mentira procede de la verdad”.

1 Juan 2:20 y 21

Como ministro de la Palabra, he tenido la responsabilidad de enseñar sobre la unción en numerosas ocasiones. En mi libro titulado “Sin unción no hay Pacto” explico ampliamente su significado y sus profundas dimensiones. Sin embargo, dado que este libro se fundamenta en el valor de la unción, he decidido retomar algunos conceptos y enriquecerlos, con el propósito de ayudarnos a comprender verdaderamente lo que significa la unción y a qué me refiero cuando hablo de su recuperación.

La palabra “unción” es ampliamente utilizada en la Iglesia, pero es posible que no comprendamos su significado con suficiente profundidad. La realidad es que, al llegar a la Iglesia, uno comienza a escuchar por primera vez, palabras

inusuales para la vida cotidiana. Estas palabras suelen captar nuestra atención precisamente porque son términos que no se manejan habitualmente en la sociedad. Sin embargo, dado lo novedoso que todo resulta, terminamos adoptándolas como parte fundamental de nuestra comunión con Dios. Esto, aunque común, representa un desafío, ya que muchas veces las aceptamos sin comprenderlas plenamente.

Es frecuente escuchar expresiones como: “Me impartieron la unción”, “Estoy buscando la unción”, “Hoy había mucha unción”, “El pastor está muy ungido” o “Tal ministro llegó con toda la unción”. Estas frases evidencian la falta de una comprensión sólida sobre lo que realmente significa la unción. Por ello, considero valioso comenzar desde la definición etimológica del término hasta llegar a la esencia espiritual que este encierra.

La palabra unción proviene del latín “*unctio*”, “*unctionis*”, que alude a la acción de ungir o untar, especialmente con un producto oleoso. Es el sustantivo derivado del verbo “*ungere*” o “*ungere*”, que significa untar. Aunque parecidas, unción y uncir no tienen relación etimológica; uncir significa unir con un yugo o juntar. Menciono esto porque hay quienes han intentado unificar ambos términos para enseñar que la unción rompe el yugo (**Isaías 10:27**) y nos une al yugo correcto. Aunque esta enseñanza no está muy alejada de la verdad, considero que, para alcanzar una revelación mayor, es esencial respetar el significado original de las palabras.

En su sentido más básico y bíblico, “unción” se refiere a la acción de frotar con aceite o derramarlo sobre algo o alguien como símbolo de dedicación a Dios. En el Antiguo Testamento, esta palabra se aplicaba a la consagración de elementos y personas, como jueces, reyes, profetas o sacerdotes, presentándolos para el servicio a Dios (**Éxodo 28:41; 1 Samuel 10:1**).

El aceite utilizado para ungir a personas o utensilios dedicados al culto en el tabernáculo o en el templo era conocido como “el aceite de la santa unción” (**Éxodo 30:25**). Este aceite era un símbolo de dedicación que también implicaba santificación (**Levítico 8:10 al 12**). Santificar no solo significaba apartar con un propósito sagrado, sino también dotar al elegido de los poderes del Espíritu Santo, capacitándolo para cumplir con las responsabilidades de la tarea a la cual era llamado (**1 Samuel 10:6**).

Dios estableció una fórmula específica para preparar este aceite y ordenó, bajo pena de muerte, que solo fuera derramado por la persona indicada sobre aquellos reyes y sacerdotes que Él mismo eligiera (**Éxodo 30:22 al 31**). Aunque desde un Pacto de gracia como el que vivimos en Cristo esto pueda parecer inusual o incluso exagerado, no deberíamos ignorar la seriedad de esta ordenanza divina.

Asimismo, el Señor prohibió que hombres, aparte de los sacerdotes, fabricaran este aceite o lo aplicaran a personas o cosas que no estuvieran específicamente designadas por Él.

Las palabras de Dios fueron contundentes al prohibir un uso imprudente del aceite de la santa unción:

“Y hablarás a los israelitas, diciendo: Este será aceite de santa unción para mí por todas sus generaciones.

No se derramará sobre nadie, ni harán otro igual en las mismas proporciones. Santo es, y santo será para ustedes. Cualquiera que haga otro semejante, o el que ponga de él sobre un laico, será cortado de entre su pueblo”

Éxodo 30:31 al 33

Este pasaje nos revela que tanto la acción de ungir, como la fabricación y uso del aceite de la santa unción, era un tema serio que quedaba limitado al contexto de la explícita voluntad de Dios y, por lo tanto, el pueblo no debía tomarlo a la ligera. Esto significaba que tanto los elementos que componían el aceite, como el mismo acto de ungir a alguien, solamente estaban reservados a la elección soberana de Dios.

“Y Samuel tomó el cuerno del aceite, y lo ungió en medio de sus hermanos; y desde aquel día en adelante el Espíritu de Jehová vino sobre David...”

1 Samuel 16:13

Es evidente que la unción con aceite no solo significaba una consagración, sino una impartición por medio de la cual los elegidos eran dotados con la operación del Espíritu de Dios para ejercer de manera efectiva, todas las responsabilidades del oficio al que la persona era llamada (**Isaías 61:1**).

Antiguamente, la palabra “unción” también era utilizada en la vida cotidiana, como por ejemplo, para el aseo personal (**Mateo 6:17**), para los enfermos como remedio (**Santiago 5:14**) y para honras funerarias o previas a la muerte, tal como lo hicieron las mujeres en diferentes momentos con Jesús, a quien procuraron ungir antes y después de su muerte (**Marcos 14:8**).

Esto implica que había diferentes clases de aceites destinados a distintos usos y que, en esos contextos, también era legítimo usar el término “unción”, pero sin la connotación teológica particular que me interesa observar. Solo estoy sentando las bases para una amplia comprensión de lo que la palabra “unción” significa.

En el Nuevo Testamento encontramos que la unción es mencionada de manera especial respecto al Hijo de Dios, ya que Jesús es el Ungido, el Mesías o el Cristo. El término hebreo Mesías y el griego Cristo se traducen como “ungido” y significan que el Dios Hijo, fue elegido para venir en forma humana con un propósito muy particular.

Con la encarnación, Jesucristo dejó sus privilegios divinos sin renunciar a su esencia. Él tomó un estado absolutamente humano, obedeciendo en santidad la perfecta voluntad del Padre. Nunca pecó y entregó su vida en rescate por todos. En el transcurso de Su vida manifestó claramente el poder de la unción que operaba en Él. En Su época, aunque no fue reconocido, todos esperaban al Ungido de Dios.

Justamente esa fue la ironía de Su encarnación: que aunque todos lo esperaban, nadie lo recibió. Por el contrario, lo rechazaron, de manera tal que terminaron acusándolo falsamente para que fuera crucificado por la autoridad de Roma. Esto se debe a que la unción no es algo que se pueda ver de manera natural. Es por eso que Pedro, quien comprendió que Jesús era realmente el Cristo, lo reconoció por revelación divina (**Mateo 16:16 y 17**).

En Su muerte y resurrección, otorgó redención a todos los pecadores, pero, aun así, nadie creyó ni quiso saber de Su obra de amor. Sin embargo, el Señor, en Su soberanía, escogió a algunos de nosotros para otorgarnos convicción de pecado y abrirnos los ojos a la verdad, de manera que pudiéramos acceder a Su salvación (**Juan 16:8 al 11**). Al ser escogidos por Su gracia, fuimos ungidos conforme a Su perfecta voluntad. Esto quiere decir que nos impartió el Espíritu Santo, no que derramó aceite sobre nuestra cabeza. Hoy no utilizamos símbolos, sino que tenemos el privilegio de disfrutar la sustancia de Su realidad.

En todas las enseñanzas bíblicas, es claro que los ungidos solo eran los escogidos de Dios. No sé por qué motivo, algunos maestros están empeñados en enseñar que nosotros encontramos y elegimos a Jesucristo como Señor y Salvador, cuando en realidad los perdidos éramos nosotros, y fue Él quien nos encontró y nos salvó. Conociendo, aunque sea en parte, la soberanía de Dios, nadie debería dudar que Él hace como quiere, y que si alguien accede a Su gracia es porque así lo desea Él; de lo contrario, no sería gracia.

La gente no andaba por ahí preparando aceite y ungiéndose a sí mismos como reyes, sacerdotes o profetas. Eso solo se hacía conforme a la perfecta voluntad de Dios. Por ejemplo, David estaba cuidando ovejas cuando Samuel fue enviado por Dios a ungirlo como el próximo rey de la nación de Israel. Era Dios quien escogía a sus candidatos, no al revés (**1 Samuel 16:1**).

Aquí surge otra cuestión que debemos resolver: ¿Se puede perder la unción? Las Escrituras nos muestran claramente que Dios abandonó a Saúl por causa de su rebelión, procurándose un nuevo rey para la nación. En el primer versículo del capítulo dieciséis del primer libro de Samuel, Dios envió al profeta a encontrarse con un joven llamado David, y las Escrituras dicen claramente que Dios fue quien lo había escogido. Esto demuestra que, mientras Saúl abusaba del reinado y de la unción que Dios le había dado, Dios conocía toda la situación y planificaba un nuevo tiempo para Su pueblo a través de otro varón escogido.

*“Hallé a David mi siervo;
Lo ungué con mi santa unción.
Mi mano estará siempre con él,
Mi brazo también lo fortalecerá...”*
Salmo 89:20 y 21

Saúl fue un rey que vivió para sí mismo, usurpando y abusando de los dones que Dios le había dado. David, por su parte, fue el octavo hijo de Isaí de Belén. Dios lo preparó para que fuese un varón conforme a Su corazón (**1 Samuel 13:14**),

pero para ello David tuvo que pasar por un proceso que comprende el ser escogido, ungido, instruido y puesto a prueba.

Con esto, podemos aprender que es maravilloso ser escogidos y ungidos por Su gracia, pero después de ser ungidos no hay duda de que las pruebas vendrán. La unción no elimina las adversidades, pero es la que nos marca y nos capacita para cumplir efectivamente con la perfecta voluntad de Dios. Cuando no sabemos enfrentar las pruebas, o procuramos enseñorearnos de lo recibido, podemos perder el favor otorgado.

¿Por qué motivos después de la unción, vienen los procesos? Bueno, porque los procesos nos hacen menguar y nos van matando la vieja naturaleza. Es entonces cuando la nueva naturaleza en Cristo comienza a manifestarse con libertad. Esto permite que la unción ocupe su lugar y que el quebrantamiento haga visible los dones, talentos y capacidades otorgadas por Dios.

Volviendo a nuestra pregunta anterior: ¿Se puede perder la unción? Y además, podría preguntar: Si el pacto cambió, ¿puede servirnos Saúl como ejemplo? Sí, definitivamente puede servirnos como ejemplo. Aunque sé muy bien que algunos estarán pensando en el pasaje que dice que *“el llamamiento y los dones del Señor son irrevocables”*, lo cual es cierto y está literalmente registrado en **Romanos 11:29**.

Aun así, los ejemplos del Antiguo Pacto nos sirven en gran manera, porque Dios es el mismo y porque todo lo que ocurrió quedó registrado para enseñarnos (**1 Corintios 10:11**). Saúl fue ungido como rey, pero su irreverencia lo llevó hacia la oscuridad. Los demonios comenzaron a atormentarlo y sus errores se hicieron cada vez más evidentes.

Aun así, nadie dudaba que era el ungido del Señor. De hecho, vemos que el mismo David, quien tocaba música para liberarlo, siempre lo respetó como el ungido de Dios. Recordemos que cuando Saúl comenzó a perseguirlo por celos, David, escondido en la cueva, pudo matarlo. Sin embargo, teniendo temor de hacerle daño, apenas cortó la punta de su manto, y aun por esa acción se lamentó con arrepentimiento, al considerarlo el ungido del Señor.

Esto nos enseña que Saúl perdió el gobierno de la unción sobre su vida, fue atormentado por las tinieblas, y en su soberbia, se desvió totalmente de la voluntad divina. Sin embargo, nunca dejó de ser el hombre sobre el cual Samuel derramó el aceite de la unción santa.

En el Antiguo Pacto, la unción no se anulaba por desobediencia, pero quienes padecían este mal perdían sus beneficios. La desconexión del gobierno de la unción hacía que se desorientaran, pecaran y atrajeran condenación y juicio sobre sus vidas. Sin embargo, nadie anulaba de parte de Dios la unción que alguna vez se les había otorgado.

Lo que sí es claro es que la presencia de Dios se alejaba de ellos, y esto es lo que debemos identificar. Cuando intento ayudar a algunos hermanos a recuperar la unción perdida, no es porque ya no sean escogidos de Dios, sino porque, en mayor o menor grado, muchos han perdido la plenitud de lo que alguna vez recibieron. No porque el Espíritu Santo los haya abandonado, sino porque no es evidente y perceptible Su manifestación.

Si Saúl se hubiera arrepentido rápidamente, como hizo David en ocasión de su pecado, habría recuperado la plenitud del gobierno y la manifestación de Dios sobre su vida. El problema es que no solo no se arrepintió, sino que persistió en su desobediencia. Por ello no solo perdió el rumbo, sino que terminó perdiendo lo que Dios había preparado para él y para su descendencia.

En el Nuevo Pacto, no se derrama aceite sobre nuestra cabeza, sino que el Espíritu Santo inunda nuestro ser. A través de Su divina persona, podemos ser gobernados y guiados al propósito. Somos empoderados y hechos ministros competentes por medio de Sus dones, talentos y capacidades. Pero el orgullo, el descuido de la santidad, las rebeliones o simplemente la frialdad ante las demandas del Señor, pueden hacernos perder el rumbo y las virtudes espirituales.

De hecho, quienes se apartan tras el pecado y no acceden a la convicción que el Espíritu Santo procura imponerles pueden perder su sensibilidad espiritual. Pueden

comenzar a vivir perdidamente, siendo atrapados por las tinieblas, llegando incluso a rechazar la gracia de la vida que alguna vez recibieron con tanto amor.

Saúl no perdió la unción tras un solo acto de rebeldía; fue un proceso de desobediencia y falta de valoración, lo que hizo que la unción se apartara de él. Sin embargo, en ningún momento lo vemos arrepintiéndose de corazón para recuperar lo que alguna vez recibió. A Saúl le importaba lo que pudiera opinar el pueblo y no perder su influencia, pero no le importó perder la unción.

David fue todo lo contrario. Él también pecó, pero lo más importante para él no fue su poder, su reino, su influencia ni sus bienes materiales. Lo más importante para David siempre fue la presencia de Dios. De hecho, cuando se arrepintió de su pecado con Betsabé, escribió:

***“Esconde tu rostro de mis pecados,
Y borra todas mis maldades.
Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio,
Y renueva un espíritu recto dentro de mí.
No me eches de delante de ti,
Y no quites de mí tu santo Espíritu”***
Salmo 51:9 al 11

Reitero esto: el Antiguo Pacto no tenía las virtudes del Nuevo Pacto de gracia que vivimos, pero nos deja grandes enseñanzas. Cuidar la presencia de Dios es lo más importante

que podemos hacer como escogidos de Dios, y esta es una lección registrada en muchos ejemplos bíblicos.

Ahora, la unción no es aceite sobre nuestra cabeza, sino que está dentro de nuestro ser. Si no honramos la presencia del Espíritu Santo en nuestras vidas, podemos perder primero la sensibilidad espiritual, luego los beneficios de Su gobierno y Su impartición. Finalmente, podemos terminar rechazando la gracia recibida y aun violentar Su salida.

El Pacto de Gracia en Cristo es incondicional en su resultado, porque está basado en la persona de Cristo y no en nosotros. Pero la preservación de la gracia, la paciencia del Señor y Sus extraordinarias intenciones, pueden verse afectadas si tenemos actitudes pasivas, indiferentes, irreverentes y cargadas de rebeldía.

Debemos cuidar la unción recibida, honrar al Espíritu Santo y vivir con temor de Dios. No debemos jugar con fuego, subestimar la gracia ni actuar irresponsablemente ante nuestro Dios santo. Su gracia y Su amor no son licencia para pecar, ni para pensar que no hay costo alguno cuando actuamos orgullosamente, dando lugar al pecado.

Tristemente, hay muchos que han perdido la unción y no se han dado cuenta. Hay ministros que predicán y ministran en el Nombre del Señor, pero todo lo que hacen son obras muertas. Hay congregaciones que cantan y celebran

culto, pero si el Espíritu Santo se apartara de ese lugar, ni siquiera lo notarían.

¡Iglesia preciosa! Es tiempo de volvernos a Dios de corazón. Es tiempo de recuperar la pasión perdida, honrar la santidad de nuestro Dios y el gobierno de Su voluntad. Es tiempo de recuperar la unción, porque la unción es la efectividad y la vida de la Iglesia en la tierra. Sin unción, solo seremos gente religiosa, o amargados sin destino. Sin unción no tenemos mensaje para dar al mundo, y este tiempo nos está demandando gran responsabilidad.

“De la manera que recibieron a Cristo Jesús como Señor, vivan ahora en él, arraigados y edificados en él, confirmados en la fe como se les enseñó, y llenos de gratitud”.

Colosenses 2:6 y 7



Capítulo dos

¿QUÉ ENTENDEMOS POR CRISTIANOS?

“Después fue Bernabé a Tarso para buscar a Saulo; y hallándole, le trajo a Antioquía.

Y se congregaron allí todo un año con la iglesia, y enseñaron a mucha gente; y a los discípulos se les llamó cristianos por primera vez en Antioquía”.

Hechos 11:25 y 26

El término “cristiano” surgió fuera del ámbito judío, probablemente de adversarios que le daban un tono peyorativo a la expresión. De hecho, ese mismo tono no desapareció cuando el movimiento aceptó el término, transformándolo de una ofensa en un motivo de honra (**1 Pedro 4:16**). Los detractores de la fe decían: “*Mira, ahí vienen los pequeños cristos...*” Sin embargo, ser cristianos pasó de ser una burla a representar a Jesucristo, convirtiéndose en un halago para todo renacido hijo de Dios.

El concepto de cristianismo, para muchos, se volvió una simple identificación religiosa, o una forma de denominar a quienes creen en Jesús. Sin embargo, en esencia, no tiene que ver con una religión. Los cristianos somos

personas regeneradas por la vida de Jesucristo, ungidas con el Espíritu Santo. Vivimos, nos movemos y existimos en Cristo, lo cual nos hace partícipes de Su Pacto (**Hechos 17:28**).

El Nuevo Pacto no es un acuerdo que nosotros hicimos con Dios, sino que es un Pacto que el Padre estableció con Su Hijo. Por gracia, hemos sido introducidos en la persona de Cristo. Su sangre nos limpió y nos incorporó al cuerpo que es Su vida. Estar en ese cuerpo nos otorga las virtudes, el potencial de Cristo y, además, Sus privilegios. Esto, evidentemente, no tiene nada que ver con una religión.

El apóstol Pablo lo expresó claramente al escribir que *“el que se une al Señor, un espíritu es con él”* (1 Corintios 6:17). Los cristianos debemos asumir esta maravillosa gracia y esforzarnos por vivir a la altura de ella. Muchos hermanos creen que ser cristiano es simplemente creer en Dios, asistir a la Iglesia, leer la Biblia y orar diariamente. Pero ser cristianos va mucho más allá: es disfrutar de la verdadera plenitud de la vida.

Un verdadero cristiano es un hijo de Dios, miembro de Su familia y ciudadano del Reino. La evidencia de un cristiano se manifiesta en el fruto del Espíritu, pues *“por sus frutos los conoceréis”* (Mateo 7:16). Jesús dijo: *“No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos”* (Mateo 7:18). El apóstol Pablo enseñó que el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza (**Gálatas 5:22 y 23**).

Jesús también afirmó que las mismas cosas que Él hizo, nosotros podríamos hacer, e incluso mayores (**Juan 14:12**). Dar fruto lo manifiesta a Él; hacer Sus obras lo revela. Y precisamente eso es ser cristianos: somos embajadores de Cristo (**2 Corintios 5:20**), personas a través de quienes Él puede manifestarse.

La unción es la esencia de Dios en nosotros; es la vida del Espíritu Santo en perfecta comunión con nuestro ser. Cuando obedecemos Su voluntad a la luz de la revelación, experimentamos un incremento del elemento divino en nosotros. Esto nos guía a vivir en Él, en un fluir ininterrumpido de Su vida. Así, Él permanece en nosotros, y nosotros podemos disfrutar la más alta bendición de Su presencia.

Después de ser crucificado y antes de ascender al cielo, Jesús pidió a Sus seguidores que esperasen la promesa del Padre, ya que serían bautizados con el Espíritu Santo en pocos días (**Hechos 1:4 y 5**). También les dijo que recibirían poder cuando el Espíritu Santo viniera sobre ellos, para ser Sus testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra (**Hechos 1:8**). Esta fue la impartición de la unción sobre la Iglesia. Por eso, los cristianos somos “los ungidos”.

Desde entonces, todos los que estamos en Cristo poseemos la unción para cumplir con lo que hemos sido llamados a hacer, sin importar cuán grande o pequeña sea la comisión a nuestros ojos. Si Él nos llama, Él nos capacita (**2**

Corintios 1:21 y 22). Por esta razón, el apóstol Pablo declaró sin dudar: *“Todo lo puedo en Cristo...”* (Filipenses 4:13).

De la misma manera que Dios reveló Su poder y autoridad al resucitar a Jesucristo y sentarlo a Su diestra en los lugares celestiales, Su poder sigue activo en cada uno de nosotros. Sin embargo, debemos creerlo y apropiarnos de la Palabra de verdad, la cual nos capacita para realizar las maravillas y prodigios que Él nos ha encomendado.

Como ungidos de Dios, también tenemos acceso a la mente de Cristo (**1 Corintios 2:16**). Este acceso no se logra a través de estudios teológicos, sino que es un regalo de la gracia de habitar en Cristo. La unción produce en nosotros revelación. Por ello, el apóstol Pablo oraba para que los hermanos de Éfeso pudieran fluir en esa capacidad (**Efesios 1:16 al 19**).

El espíritu de sabiduría y de revelación debe ser considerado como un potencial de Dios en nuestro espíritu. Es de vital importancia comprender qué significa tener un potencial así, ya que este representa un poder que existe, pero que no siempre se manifiesta. Es un potencial que está ahí, pero solo se convierte en poder manifiesto cuando operamos en él.

Todos los cristianos tenemos al Espíritu Santo, pero no todos operamos en la sabiduría de Dios. Alguien que opera desde la mente de Cristo es alguien que recibe sabiduría y revelación mediante la impartición del Espíritu Santo. La

pregunta entonces sería: ¿por qué no todos acceden a este beneficio? La respuesta radica en que esa capacidad solo se otorga a través de nuestra sincera demanda, nuestra entrega voluntaria y una verdadera humildad.

Podríamos pensar que todos desean esto, pero no es así. Uno de los mayores problemas del ser humano es el orgullo, profundamente arraigado en la ciencia del bien y del mal. Este fue el gran pecado de Adán, y lo sigue siendo en nosotros. Buscamos ser libres para pensar, procuramos la independencia de pensamiento y, creyendo ser sabios, nos volvemos necios.

La plenitud de la vida espiritual no solo puede librarnos del engaño, sino que también nos permite dar frutos espirituales, funcionar en los dones espirituales, predicar el evangelio del Reino con poder, y gestionar la fe conforme a la voluntad del Padre. Sin unción, cualquiera puede congregarse; pero con unción, podemos ser la Iglesia que Dios quiere y que el mundo necesita. Sin unción, nada tiene sentido, porque la unción es Cristo en nosotros, la esperanza de gloria.

Dios tiene la intención de hacer de la Iglesia Su expresión corporativa. No existe cristianismo fuera de la vida de Cristo, ni posibilidad de acceder al Reino sin la unción, que es Su Espíritu. Debemos ser conscientes de esto, porque los últimos tiempos serán duros para la Iglesia, y no podremos enfrentarlos sin la unción del Señor.

Hoy en día, podemos encontrar muchas congregaciones en el mundo, pero solo la unción las convierte en testimonios válidos. Congregaciones sin unción son simplemente centros de impartición religiosa, pero nunca pueden ser verdaderos portales del cielo.

No debemos ignorar que en los últimos días vendrán tiempos difíciles (**2 Timoteo 3:1**). Algunos apostatarán de la fe, prestando atención a espíritus engañadores y doctrinas de demonios (**1 Timoteo 4:1**). Tinieblas cubrirán la tierra con gran malicia, pero nosotros debemos ser luz.

La unción sobre la Iglesia es la que hace posible esa luz; es lo que nos permitirá superar las presiones. Sin embargo, debemos ser precavidos, porque el sistema actual está esclavizando a muchos hermanos. Con el avance de la agenda globalista y las pretensiones de un Nuevo Orden Mundial, las hostilidades contra la Iglesia serán cada vez mayores. Como Iglesia, nuestra prioridad debe ser la unción, porque en la vida está la revelación (**Juan 1:4**), y en la revelación, la dirección correcta: el gobierno de Dios.

El enemigo sabe esto muy bien. Por ello, no intenta competir con otras religiones, ya que eso no tiene que ver con nosotros. En cambio, busca atacarnos para que no operemos en la unción, porque sabe que la unción es lo único que puede dañar las tinieblas. Un cristiano sin unción es solo un practicante religioso, pero un ungido de Dios es un verdadero embajador de Cristo.

El Reino no se manifiesta con teología, sino con unción. El enemigo lo sabe, y por eso intenta desgastarnos, llevarnos a operar con nuestras propias fuerzas y hacernos descuidar lo más importante. Tristemente, muchos están cayendo en esta trampa, y por eso determiné escribir este libro: un llamado a recuperar la unción perdida y avanzar con poder para manifestar el Reino.

Dios nos ha dado la unción a todos Sus hijos, pero, desafortunadamente, no todos han sabido mantenerse ungidos. Muchos no han sabido apartarse para Dios. Ser santos significa ser apartados para un propósito específico, pero esto no implica encerrarnos en un claustro sin contacto con el mundo. Significa separar nuestro corazón de los deseos de los ojos, de los deseos de la carne y de las vanaglorias de la vida (**1 Juan 2:16**).

Apartarse del mundo no implica salir de él, sino evitar ser atrapados por sus influencias. La codicia, los afanes, los vanos deseos, el entretenimiento, los placeres y las ambiciones constantes, procuran desenfocar a los santos de las verdades eternas. Esto no significa que no podamos disfrutar de ciertos bienes o placeres, sino que nada de ello debe desenfocarnos de lo verdaderamente importante.

Lamentablemente, la Iglesia de hoy en día se ha enfocado tanto en ayudar a las personas a concretar sus deseos y ambiciones, que incluso la Palabra es torcida para satisfacer la humanidad en lugar de agradar al Señor. No es que no podamos progresar o vivir bien, pero no podemos

entronar nuestra alma ni olvidar que, primero, es el Reino de Dios y Su justicia (**Mateo 6:33**). Consideremos que lo más importante es el propósito de Dios, no nuestros planes personales (**Proverbios 19:21**).

Cuando descuidamos esto, lo único que logramos es perder niveles de unción. Debemos entender que cuando Dios separa a una persona para Su Reino, lo primero que hace es apartarla de las cosas del mundo y de todo aquello que pueda dañar su comunión con Él.

No nos hacemos santos tratando de alejarnos de las cosas malas. En este Nuevo Pacto, somos limpiados por la sangre de Cristo y santificados por la permanencia del Espíritu Santo en nosotros. La evidencia de esta realidad espiritual se refleja en hechos concretos de santidad.

¿Qué significa perder niveles de unción? Cuando Jesús caminó con sus discípulos, el ungido era Él, y les otorgaba autoridad para sanar enfermos, liberar endemoniados o realizar actos sobrenaturales (**Marcos 3:15**). El Nuevo Pacto comenzó después de su crucifixión y resurrección. Solo a partir de entonces sus discípulos y todos nosotros, los creyentes, hemos podido recibir la regeneración para ser moradas santas para Dios (**Efesios 2:22**).

Cuando Jesús resucitó, se apareció a sus discípulos, estando ellos asustados y escondidos. Entonces les sopló el Espíritu Santo para que pudieran recibir vida (**Juan 20:22**). Sin embargo, les dijo que no fueran a ningún lado hasta que

no recibieran poder, cosa que ocurrió en el Pentecostés (**Hechos 2**). Es decir, una cosa es tener al Espíritu Santo y otra es ser llenos del Espíritu Santo o estar sumergidos en Él (**Efesios 5:18**).

De la misma forma, cuando estamos llenos del Espíritu Santo, vivimos encendidos en el poder de Su presencia. Deseamos testificar, damos fruto, somos fervorosos para orar, para participar de las actividades de la congregación, para servir, para dar, para hacer todo lo que Dios nos diga. Sin embargo, cuando descuidamos eso, comenzamos a sentirnos desganados, apáticos, fríos, sin ganas de participar de actividades, sin ganas de orar, de leer la Palabra o aun de escuchar predicaciones.

Cuando esto ocurre, no es que el Espíritu Santo se fue de nosotros, sino que no le estamos dando lugar para que Él tome gobierno de nuestro querer y nuestro hacer (**Filipenses 2:13**). No le estamos permitiendo que fluya en nosotros, que nos lleve a toda verdad y justicia (**Juan 16:13 al 15**), o que nos traiga convicción de pecado, conduciéndonos a Su voluntad.

Eso es perder niveles de unción. Cuando un cristiano comienza a caminar con tibieza, puede que no se percate de ello. Sabe que no tiene los deseos que tenía antes por las cosas de Dios, sabe que todo le cuesta un poco más, pero no se da cuenta de que el problema ha sido la pérdida de unción en su vida.

Algunos hermanos se acostumbran a vivir así, y piensan que las cosas vividas en el pasado solo fueron grandes testimonios para recordar. Es como si no fueran conscientes de que el diseño de Dios contiene una vida sobrenatural permanente y extraordinaria. No me refiero solo a milagros, me refiero a vivir bajo el gobierno del Espíritu Santo, quien nos permite experimentar sentimientos extraordinarios.

***“Sus caminos notificó a Moisés,
Y a los hijos de Israel sus obras”.***

Salmo 103:7

Cuando algún hermano se acostumbra a vivir fuera del gobierno de Dios, operando solo en su alma y en su carne, no aprende a conocer los caminos de Dios. En realidad, hay muchos hombres y mujeres de Dios que conocen las obras y el poder de Dios, que incluso ministran en Su nombre, pero no conocen Sus caminos con amplitud.

Las obras o los hechos de Dios se manifiestan a través de los dones, los talentos y las capacidades, los cuales son irrevocables, pero los caminos de Dios tienen que ver con Su perfecta voluntad. Un ministro puede parecer muy poderoso en su ministración, a la vez que, ante los ojos de Dios, está en el sitio incorrecto, haciendo algo que Él no le mandó.

La unción provoca los dones, pero estando estos activos, puede que las personas piensen que Dios los está respaldando en todo. El problema es que si ellos no se sujetan

a los hechos de Dios, esos dones se irán apagando poco a poco y la autoridad de sus palabras desaparecerá.

Comprender lo que Dios quiere, cómo quiere que hagamos o digamos algo, cuándo desea que hagamos o digamos algo, dónde desea que hagamos o digamos algo, o cuándo simplemente desea que no hagamos o digamos nada. La voluntad de Dios está muy por encima de nuestros hechos y para eso es clave no perder la unción.

Cuando perdemos la sensibilidad a lo que Dios está pretendiendo, nos volvemos errantes. Queremos servirlo, pero lo hacemos fuera de Su voluntad, y eso más que servicio es irreverencia. La falta de unción se evidencia en funciones que Dios no estableció, ministerios que Dios no levantó, obras que Dios no abrió, mensajes que Dios no soltó, o incluso milagros que Dios no programó.

“Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad”.

Mateo 7:22 al 23

Este pasaje es muy impactante, porque vemos que Jesús está concluyendo su Sermón del Monte con una última advertencia sobre la verdadera fe. Jesús predice que habrá ministros que vendrán como lobos disfrazados de ovejas (**Mateo 7:15**). Puede que estos personajes utilicen la Palabra

de Dios correctamente o falseando sus interpretaciones, puede que hagan impresionantes demostraciones de poder, pero no pertenecerán al Señor, porque la unción verdadera no estará operativa en ellos.

Lo que deseo dejar claro con esto es que no solamente puede haber falsos ministros que operen sobrenaturalmente, sino que puede haber hermanos sinceramente equivocados que operen en milagros y que lo hagan fuera de los hechos de Dios. Reitero: la unción no se manifiesta primeramente en dones, porque tales dones pueden ser usados fuera de Su voluntad. La unción primeramente es gobierno y cuando se pierde el gobierno es evidencia de que algo está faltando y es fundamental trabajar para recuperarlo.

“Por consiguiente, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo y santo, aceptable a Dios, que es vuestro culto racional. Y no os adaptéis a este mundo, sino transformaos mediante la renovación de vuestra mente, para que verifiquéis cuál es la voluntad de Dios: lo que es bueno, aceptable y perfecto”.

Romanos 12:1 y 2



Capítulo tres

LO PISADO DE UN PASADO QUE ENSEÑA

“Nunca digas: ¿Cuál es la causa de que los tiempos pasados fueron mejores que estos? Porque nunca de esto preguntarás con sabiduría”.

Eclesiastés 7:10

En muchas ocasiones, hablo con hermanos que me cuentan algunas experiencias muy hermosas, pero a la vez bastante lejanas en el tiempo. Esto no implica ningún problema, porque todos tenemos testimonios en el pasado, y es muy bueno poder recordarlos. Yo me gozo mucho pudiendo hacerlo, porque entiendo que edifica a mis hermanos y me hace bien volver a oír, aun de mi propia boca, sobre las cosas que Dios ha hecho.

Lo que sí se puede terminar convirtiendo en un problema es no tener ningún testimonio reciente. Es cuando solo tenemos la opción de ir a un pasado lejano para contar algo cuando podemos asumir que algo se ha perdido. Vivir en Cristo, vivir el Reino, debe imperiosamente generar experiencias que evidencien Sus constantes operaciones.

No me refiero a que Dios siempre tenga que estar haciendo milagros. Me refiero a la lógica que desata la presencia de una Persona sobrenatural y poderosa. Si convivimos con alguien, es lógico que ese alguien se haga notar de una u otra forma. Es lógico que haya un intercambio de experiencias personales.

Cuando ese alguien es Espíritu, las experiencias son diferentes, porque las experiencias se cruzan de naturaleza, impactando nuestra vida de manera conmovedora. Si es verdad que el Espíritu Santo habita en nosotros y que nosotros habitamos en Cristo, no podemos no tener experiencias capaces de evidenciar claramente el intercambio y la comunión verdadera.

Podemos decir que al orar hablamos con Dios y que al leer Su Palabra Él habla con nosotros comunicándonos Su verdad, pero si pretendemos una vida de Reino, el intercambio debe ser imperiosamente intenso, no solo en el diálogo, sino también en los hechos, porque de eso se trata la fe conducida.

La comunicación genera gobierno, y el gobierno sin comunicación es imposible. Cuando leemos las Escrituras, vemos que Dios formó al hombre del polvo de la tierra y luego de soplar Su aliento divino le habló. La única manera de comisionarlo a la gestión del gobierno terrenal era comunicándole la voluntad del Dios de los cielos.

Cuando Adán pecó, fue porque se comunicó con Eva y aceptó su idea. Fue porque Eva se comunicó con la serpiente y también aceptó su idea. Como dice un refrán: *“Dime con quién andas comunicándote y te diré quién terminarás siendo”*. Adán recibió el poder cuando habló con Dios y lo perdió cuando hablaron con el diablo.

Ahora bien, el problema no es oír, sino brindar el corazón al diálogo. Nosotros podemos escuchar cualquier cosa, lo importante es que no le abramos el corazón a cualquier opinión, porque automáticamente ese concepto, cualquiera sea, nos estará gobernando.

Cuando le enseñamos a hablar a un hijo, este se vuelve dependiente de nosotros. La forma de enseñarle y transmitirle lo que debe hacer es a través del diálogo. No puede haber gobierno sin comunicación. Esto es muy lindo, porque los hijos cuando son pequeños hablan mucho, comunican todo y preguntan todo. El problema es cuando pasan los años y la comunicación cambia.

Generalmente hay una etapa en la llamada adolescencia, en la que los jóvenes cambian su forma de comunicarse, pasando de las muchas palabras a las monosílabas. No preguntan y no desean responder nuestras intrigas. Sin embargo, es muy común que en esos tiempos, los hijos hablen mucho con sus amigos y cambien muchas actitudes de vida. Esto es normal, porque comunicación es gobierno, por lo tanto, en lugar de ser gobernados por los padres, pasan a un estado de rebelión optando por el gobierno

de las ideas juveniles, las modas y los conceptos generalmente erróneos y vanos.

En un matrimonio, o incluso en una amistad, cuando la comunicación se frena, algo está a punto de desmoronarse. Esto lo saben muy bien los gobiernos de las naciones, por eso se pelean tanto por obtener dominio de los medios de comunicación, porque dominar el diálogo puede generar capacidad de acuerdo y aceptación del pueblo.

El arte de la política es la comunicación. Tristemente la han degradado tanto, que dicha comunicación no es más que el revuelto de tramas secretas de corrupción. Por algo la Biblia dice que el mundo entero está bajo el maligno (**1 Juan 5:19**). La comunicación diabólica ha penetrado la sociedad a través de la cultura general y cada día es más evidente la oscuridad que produce.

Mi punto es que si deseamos vivir Reino, la comunicación con Dios es indispensable. Esa comunicación debe realizarse mediante nuestra entrega basada en la verdadera humildad, y un intenso deseo de obtener un enfoque claro de Su voluntad. Las oraciones y el conocimiento de las Escrituras, nos ayudarán con el sano equilibrio, pero además es necesario el intercambio desde la comunión espiritual.

El gran problema es causado en muchos cristianos, por las enseñanzas de algunos ministros que dicen que Dios ya no habla. Estos enseñan que desde que el canon bíblico fue

cerrado, Dios ya no tiene nada más que comunicar fuera de Su Palabra, con lo cual, no pueden obtener más que la contemplación de las experiencias en las cuales Dios habló con otras personas, pero no pueden obtener nada personal. Solo pretenden tener a sus discípulos robando las migajas de algo que Dios dijo alguna vez a otros, pero sin obtener una dirección clara para sus vidas.

Yo sé muy bien que las palabras dichas por Dios son eternas, porque esa es Su esencia, pero nuestro Dios está vivo y continúa hablándonos cada día. Lo hace a través de algún versículo, pero también lo puede hacer fuera de lo que ya está escrito. Muchos niegan esto, y tal vez ahora mismo se estén rasgando sus vestiduras, pero es triste creer que Dios habló muchas veces, de muchas maneras diferentes, y que ahora que lo hace por medio del Hijo (**Hebreos 1:1**), no tengamos palabras direccionales y específicas para nuestras vidas y ministerios.

De manera personal, yo siempre digo que me encanta contar con el testimonio bíblico de lo que Dios habló con Adán, con Noé, con Abraham, con Jacob, con José, con Moisés, con jueces, con reyes, con sacerdotes y con muchos profetas, pero si buscamos una dirección clara para una circunstancia actual, esas palabras pueden no alumbrarnos claramente.

Es decir, me encanta que Dios le comunique a Noé que debe edificar un arca, pero si nosotros no tenemos esa misión, lo que necesitamos es otra palabra para saber qué debemos

hacer. Obviamente Su diálogo con Noé nos permite comprender cómo Dios pensaba, cuáles fueron sus planes, cómo ejecutó Su voluntad y cómo procedió en todo, pero eso fue para los días de Noé. Hoy necesitamos saber qué es lo que nosotros debemos edificar.

Que podamos conocer de memoria los diálogos de Dios con Abraham es hermoso, pero si estamos buscando una dirección clara para nuestras vidas familiares, no podemos tomar esas palabras tal como si fueran para nosotros, porque no lo son. No podemos terminar todos apartándonos de nuestra familia, de la casa de nuestros padres, en busca de una tierra por conocer, porque eso se lo dijo al patriarca, no a nosotros.

Nosotros no tenemos una vara como Moisés, ni somos enviados a Egipto para liberar una nación. No hay plagas ni corderos, ni apertura del mar. Lo que nosotros necesitamos es muy diferente y es fundamental que comprendamos que así como el Señor habló con Moisés, pero sin zarza, sin monte, sin tablas y sin tabernáculo, el Señor puede hablarnos a nosotros claramente respecto de Su voluntad para estos días.

Negar esto es no comprender la unción, y la falta de comprensión de las dinámicas del Reino, impiden el diálogo con Dios, y los hechos sobrenaturales que lo caracterizan. Cuando vivimos de los testimonios ajenos, cuando tenemos un Dios más grande en la Biblia que en la vida, lo que ocurre es que se pierde la unción.

Los hermanos que solo hablan de lo que Dios comunicó a otros y de los hechos ajenos, es porque carecen de los propios. Reitero esto porque no deseo provocar confusiones: “Las Escrituras y la predicación basada en los hechos pasados es buena y necesaria”. Esto no debemos descuidarlo, pero a la vez, debemos ir por nuestras propias experiencias.

Por otra parte, los hermanos que han vivido esas experiencias al principio de sus vidas cristianas y han quedado anclados en esos recuerdos, deben tomar consciencia de que algo han perdido. No es lógico que después de varios años de vivir la fe, tengan menos experiencias sobrenaturales que al principio de sus vidas.

Todos tenemos gratas experiencias del pasado y también es muy bueno contarlas, pero debemos procurar las actuales. Quienes no lo hagan, solo quedarán anclados a un pasado que les parecerá mejor, pero eso no es verdad, solo deberían asumir que se han desviado de la sencillez de la comunión espiritual con el Señor.

Si en los primeros años de conversión recibían palabras, experimentaban manifestaciones espirituales y vivían experiencias sobrenaturales, es inaceptable que después de incontables actividades en una congregación, numerosas reuniones, discipulados intensivos y eventos especiales, tengan menos sensibilidad, menos dirección y menos experiencias con Dios.

Cuando eso les ocurre, deberían frenar instantáneamente y preguntarse: ¿No será que estamos haciendo algo mal? ¿No será que hemos caído en religión o en vacías estructuras teológicas? ¿No será que debemos retomar el cauce de la sencillez de corazón? ¿No será que pretendiendo conocer más a Dios, hemos caído en la ignorancia religiosa?

Entiendo que muchos no estarán dispuestos a tales preguntas, pero tampoco habrían comenzado a leer un libro como este. Por lo tanto, tengo la esperanza de que podré comunicarles lo que creo respecto de cómo recuperar la unción perdida, cómo recuperar el diálogo fluido con el Señor, cómo oír nuevamente Su voz y cómo vivir continuas experiencias espirituales.

La sensación de que lo pasado fue mejor es la triste evidencia de que algo se ha perdido. Esto no solo pasa con las cosas del Reino, sino que todo lo que en la vida nos pareció mejor en el pasado es porque algo se perdió. Cuando los mayores recordamos con cierto orgullo las experiencias de nuestra pasada juventud, es porque tristemente hemos perdido ese vigor. Es lógico que ocurra, y no podemos evitarlo. Simplemente algo se perdió.

Cuando un matrimonio recuerda una plenitud que ya no tiene es porque algo se ha perdido, y en tal caso, si pueden recuperar lo perdido, solo deben estar dispuestos a trabajar. Es decir, hay cosas que se perdieron y no pueden recuperarse, tal vez solo queda el recuerdo, tal como nos ocurre con la

pérdida de un ser amado que ya no tenemos. Sin embargo, hay cosas que sí pueden recuperarse o incluso llegar a ser mejores, y una de esas es la comunión profunda con la Unción de Dios.

Muchas veces he tratado de imaginarme lo que habrá vivido Adán luego de comer el fruto prohibido. Después de experimentar una comunión tan íntima con el Señor, y de haber sido revestido de Su gloria y Su poder, tuvo que conformarse con la hostilidad del campo, observando de lejos un Edén que ya no pudo habitar ni visitar nuevamente.

Tal vez no fue así, pero yo lo imagino agazapado en el campo, observando desde los cardos y los espinos, las deliciosas frutas que alguna vez había saboreado. Lo imagino hablando con Eva respecto del error cometido, y aunque la Biblia no lo dice, lo imagino con todo el deseo de volver a recuperar lo perdido.

No sé si alguna vez lo hablaron, o las mismas tinieblas no les permitieron ver o reconocer lo que habían perdido con la idea de independizarse de Dios, pero ciertamente imagino todo eso con cierta tristeza. Adán y Eva debieron ser, hasta nuestros días, los destacados padres de la humanidad y no los culpables de tanta maldad y tanta muerte. Pensemos cómo vivirían hoy si no hubiesen pecado, si no hubiesen muerto a consecuencia de tal acción. Sin duda, serían el matrimonio más homenajeados, halagados y honrados de toda la humanidad.

Aún hoy en día, vivirían con gran riqueza, con toda autoridad y poder. La tierra estaría sujeta al gobierno de ellos, tal como Dios les había propuesto (**Génesis 1:28**). Mirarían el planeta y se gozarían en saber que todos los millones y millones de personas que vivirían siendo muchísimos más que los que somos hoy, serían todos descendientes de ellos y que todos, sin duda, reconocerían eso con gran reverencia.

¿Se imaginan que la celebración del Año Nuevo, en realidad podría ser el cumpleaños de ellos, y que toda la humanidad celebraría tenerlos y disfrutarlos? Así como recibirían su paso por cualquier lugar, como el gran acontecimiento de sus vidas. El mundo sería como alguna vez será gracias a Cristo, pero los exaltados serían Adán y Eva.

La verdad es que no sabemos dónde fueron a parar, pero seguramente más allá de la muerte y desde la eternidad, recordarán por siempre lo perdido. Hoy es nuestro tiempo, y puede que al principio de nuestra vida espiritual hayamos sentido la gloria del Señor sobre nosotros, pero la idea es que no la perdamos nunca; que si nos salimos de Su presencia, procuremos volver.

Adán y Eva no pudieron. Si es que alguna vez lo pensaron, se encontraron con el mortal freno de un querubín y una espada encendida que se paseaba amenazando muerte para quienes pretendieran volver al Edén. Sin embargo, nosotros hoy, no observamos una espada encendida que nos impida el regreso a la intimidad con el Padre.

Bueno, en realidad sí podemos ver un instrumento de muerte, pero no es una espada sino una cruz. La espada separa intereses en nuestro corazón (**Hebreos 4:12**), pero la cruz es la que nos mete en el poder de la resurrección. El Reino no se ve en la carne y no se puede entrar en sus dimensiones sobrenaturales sin una profunda comunión espiritual en la persona de Cristo.

Podemos estudiar muchas estrategias teológicas, pero solo estaremos jugando con las sombras de la verdad divina. Podemos pretender conocimiento de Dios por medio de experiencias ajenas y está bien, eso nos puede ayudar un poco, pero solo nos dejará a las puertas de un deseo. Si somos hijos de Dios, es imposible que no sintamos arder nuestro corazón por un poco más de Su presencia.

Si somos sinceros y descubrimos que algo hemos perdido, no debemos quedarnos mirando desde lejos tal como hizo Adán; debemos avanzar por el camino de la muerte al “yo”, que en el Reino no es otra cosa que el gran camino de la vida en Cristo. Créanme que a menos que alguien se conforme con la letra y las frías liturgias, tal como hacen los religiosos, tiene todas las de ganar en la recuperación de las hermosas experiencias con la unción de Dios.

Pensar que muchas cosas del pasado han sido mejor, es una realidad que puede doler mucho, pero no es necesario tal dolor en el Reino. Mientras que en la vida de la carne, todo se va perdiendo, en el Reino todo se va ganando. Mientras

que en lo natural, somos perdedores seriales, en el Reino somos más que vencedores (**Romanos 8:37**).

Mientras que en la vida de la carne hay cosas que no podremos recuperar jamás, en la vida del espíritu no solo podemos recuperar lo perdido, sino lograr lo que nunca hemos vivido, lo que nunca hemos alcanzado, lo que nunca hemos experimentado con Dios. Siempre digo que vivir con Él es una aventura permanente y que Indiana Jones no tiene nada que contar en relación a un verdadero cristiano de Reino.

Es bueno que recordemos experiencias del pasado, pero mucho mejor es que podamos demostrar hoy, que nuestro Dios nos habita por Su Espíritu y que nosotros le habitamos en Su cuerpo. Que somos uno con Él, y que esa profunda y permanente comunión que podemos disfrutar, nos permite evidenciar con hechos la unción que portamos.

La Gran Comisión se hace posible por el poder del Espíritu Santo. Debemos ser testigos de Cristo, cumpliendo la Gran Comisión en nuestras ciudades, en nuestros países y en cualquier otro lugar al que Dios nos envíe.

En todo el libro de los Hechos, vemos cómo los apóstoles empezaron a cumplir la Gran Comisión. En primer lugar, evangelizaron Jerusalén; después, el Espíritu Santo los condujo a la extensión del Reino por Judea, por Samaria y hasta lo último del mundo conocido de aquella época. Hoy en día debemos continuar con tan prestigiosa tarea, y

debemos recuperar la esencia de la unción, para realizarla de manera correcta y efectiva.

Hoy, seguimos siendo embajadores de Cristo y hemos recibido el precioso don de la fe (**Judas 1:3**). Las palabras de Jesús en la Gran Comisión revelan el corazón de Dios, quien desea que Sus escogidos sean alcanzados por el evangelio y sean discipulados con una mentalidad de Reino. La Gran Comisión nos impulsa a compartir las Buenas Nuevas hasta que todos las oigan y el Soberano se ocupará de tratar con los corazones de cada uno.

Este es un tiempo muy especial y debemos comprender que las hostilidades espirituales del sistema serán cada vez peores. Como hijos de la Luz, debemos resplandecer y solo podemos hacerlo si permitimos el fluir de la unción en nuestras vidas.

“Señor, he sabido de tu fama; tus obras, Señor, me dejan pasmado. Realízalas de nuevo en nuestros días, dalas a conocer en nuestro tiempo; en tu ira, ten presente tu misericordia”.

Habacuc 3:2



Capítulo cuatro

EL DESCUIDO DE LA UNCIÓN

“La mujer dio a luz un niño y lo llamó Sansón. El niño creció y el Señor lo bendijo. Y el Espíritu del Señor comenzó a manifestarse en él mientras estaba en Majané Dan, entre Zora y Estaol”.

Jueces 13:24 y 25 NVI

La dinámica del Nuevo Pacto es absolutamente diferente a todo lo que podemos ver en el Antiguo Testamento. Sin embargo, la operación del Espíritu Santo en la vida de Sansón nos puede dejar una gran lección, respecto de la honra y el cuidado que debemos darle a la extraordinaria gracia de la presencia del Señor.

La obra del Espíritu Santo en la vida de Sansón fue realmente increíble. Su historia comenzó con el anuncio de su nacimiento. Un hombre de la tribu de Dan, llamado Manoa, estaba casado con una mujer que no podía tener hijos. El ángel del Señor visitó a la mujer y le dijo: **“Concebirás y darás a luz un hijo”** (Jueces 13:3). El ángel también le ordenó que siguiera las reglas del nazareato durante su

embarazo: nada de bebidas fermentadas, nada hecho de uvas ni alimentos impuros. La mujer se lo contó a Manoa, y él oró para que el ángel les hiciera otra visita y les diera más información sobre la crianza de su futuro hijo (**Jueces 13:8**).

Dios respondió a la oración de Manoa. El ángel del Señor se apareció de nuevo a su mujer, y ella corrió a buscar a Manoa para que él también pudiera escuchar las palabras de ese ser. El ángel repitió su mensaje, y Manoa le preguntó su nombre. El ángel respondió: **“¿Por qué preguntas por mi nombre, que es admirable?”** (Jueces 13:18). Sin duda, una verdadera epifanía de Cristo.

Luego Manoa sacrificó un macho cabrío sobre una roca, y aconteció que cuando la llama subía del altar hacia el cielo, el ángel del Señor subió en la llama. Fue entonces cuando Manoa se dio cuenta de con quién habían estado hablando, por lo cual expresó: **“Ciertamente moriremos, porque a Dios hemos visto”** (Jueces 13:22). Pero su esposa respondió: **“Si el Señor hubiera querido matarnos, no nos habría aceptado el holocausto ni la ofrenda de cereales de nuestras manos; tampoco nos habría mostrado todas esas cosas ni anunciado todo esto”**.

Por supuesto, la palabra de Dios se cumplió y la mujer de Manoa dio a luz un hijo, al que llamó Sansón. El libro de los Jueces avanza en la historia hasta el momento en que este ungido juez comenzó a buscar una esposa, pues quería casarse con una mujer filisteá a pesar de las protestas de sus

padres y en contra de la ley de Dios contra los matrimonios mixtos con paganos.

Indudablemente, sus padres no pudieron contener las intenciones de Sansón, por eso terminaron acompañándolo a Timná para hacer los preparativos de un compromiso con una mujer extranjera, pero en ningún momento su enfoque fue hacia Dios. En el camino de ese viaje, un león atacó a Sansón, y el Espíritu del Señor vino sobre él, quien terminó despedazando al león como quien despedaza un cabrito, sin tener ningún arma en su mano (**Jueces 14:6**).

Unos días más tarde, cuando Sansón volvió para casarse, se apartó del camino para ver al león muerto, y resultó que en el cuerpo del león había un enjambre de abejas y un panal de miel, del cual comió. Esto constituyó una violación de la ley del nazareato, porque la Ley decía que *“Todo el tiempo que se aparte para Jehová, no se acercará a muerto alguno”* (Números 6:6).

Es evidente que Sansón no solo no estaba enfocado en la voluntad de Dios, sino que no tenía mucho interés en cuidar la unción que portaba. De hecho, parecía saber que había hecho mal porque, cuando convidó de la miel a sus padres, no les descubrió que había tomado aquella miel del cuerpo del león (**Jueces 14:9**).

El banquete de bodas acostumbrado en esa época era literalmente una fiesta para beber, lo cual no era bueno para Sansón, porque como nazareo, él debía abstenerse de vino y

de sidra. La Ley decía claramente que los nazareos no bebían vinagre de vino, ni vinagre de sidra, ni beberían ningún licor de uvas (**Números 6:3**). Aunque el autor de Jueces no dice si esa noche, Sansón bebió vino o bebida fermentada en esta fiesta, el momento sirvió como ocasión que le condujo a pecar.

Durante la fiesta, Sansón hizo una apuesta: quien pudiera resolver su acertijo recibiría treinta mudas de ropa y treinta vestidos de lino (**Jueces 14:12**). La nueva esposa filistea de Sansón lo traicionó y dio la respuesta a su acertijo a sus compatriotas. Furioso, Sansón mató a treinta filisteos y entregó sus posesiones a los que habían resuelto el acertijo.

Es evidente que las mujeres que Sansón deseaba nada tenían que ver con la voluntad de Dios. De hecho, esta mujer fue entregada a otro hombre, lo cual produjo mucho enojo en Sansón, pero la verdad es que al final, Dios utilizó todo este vergonzoso asunto para Sus propósitos contra los filisteos.

La verdad es que ni las más densas tinieblas, ni los pecados de su pueblo, pueden impedir que se cumpla la voluntad soberana de Dios. Sansón, lleno de ira, juró vengarse de los filisteos por haberle robado a su esposa (**Jueces 15:3**). Notemos que su enojo, no fue por la perversa adversidad contra los israelitas, ni por ser un pueblo que no respetaba a Dios, sino más bien por cuestiones personales.

Cuando Sansón confirmó que su esposa había sido entregada a otro hombre, se puso en la tarea de atrapar

trescientas zorras, y las ató por la cola, de dos en dos, y a cada par le sujetó una antorcha encendida. Luego soltó a las zorras en los campos de los filisteos, y así se quemó todo el trigo, tanto el cosechado como el que todavía estaba en pie. También se quemaron todos los viñedos y los olivares de los filisteos (**Jueces 15:4 y 5**).

Los filisteos, desesperados por la situación, preguntaron quién había hecho eso, y les dijeron que era una venganza de Sansón contra su suegro, porque lo había dejado sin esposa. Por eso, los filisteos fueron y quemaron a la mujer de Sansón y también al padre de ella. *“Entonces Sansón les dijo: Ya que así habéis hecho, juro que me vengaré de vosotros, y después desistiré. Y los hirió cadera y muslo con gran mortandad; y descendió y habitó en la cueva de la peña de Etam”* (Jueces 15:7 y 8).

Sansón se escondió en Judá durante un tiempo, pero los de Judá, preocupados porque Sansón empeoraba su situación con los filisteos, lo ataron y lo entregaron al enemigo (**Jueces 15:8 al 13**). Cuando los filisteos se acercaron a su indefensa presa, el Espíritu del Señor vino sobre él, y las cuerdas que estaban en sus brazos se volvieron como lino quemado con fuego, y las ataduras se cayeron de sus manos (**Jueces 15:14**). Entonces fue cuando Sansón tomó una quijada de un asno y mató con ella a mil filisteos (**Jueces 15:15**).

En Gaza, encontramos a Sansón contratando los servicios de una prostituta. Esa noche, los habitantes de Gaza

se enteraron de que Sansón estaba en su ciudad y lo acecharon para matarlo al amanecer. Sansón escapó levantándose en medio de la noche; cuando se levantó, estaba enojado, por lo cual tomó las puertas de la ciudad con sus dos pilares y su cerrojos, se las echó al hombro, y se fue y las subió a la cumbre del monte que está delante de Hebrón (**Jueces 16:3**).

Es evidente que su fuerza era extraordinaria, y que el Espíritu de Dios permanecía en él para realizar esas tremendas proezas, pero su vida era descuidada y ninguno de los conflictos se producía por nobles causas. Todas sus batallas eran resultado de sus pecaminosas actitudes con las mujeres y su orgullo personal. Sansón fue un juez que no honró la presencia de Dios, ni cuidó el privilegio de ser portador de la unción.

Aun así, vemos que el propósito de Dios de derrotar a los filisteos se iba cumpliendo a través de su vida, pero el juez seguía siendo responsable de su pecado, y nada de eso le fue inocente, porque terminó experimentando las consecuencias de su insensatez. Al final, aunque muchos sean los planes en el corazón de los hombres, el propósito del Señor se cumplirá (**Proverbios 19:21**).

Con el tiempo, Sansón conoció y se enamoró de una filisteo llamada Dalila. Los jefes de los filisteos sobornaron a Dalila para que descubriera el secreto de la fuerza de Sansón y le ordenaron que lo entregara en sus manos (**Jueces 16:5**). Dalila le rogó a Sansón que le contara el secreto de su fuerza

y él, cada vez, le inventaba una historia diferente para complacerla. Así, no podían atraparlo porque al intentarlo, su fuerza volvía a manifestarse y era librado por el poder de Dios.

Sansón, enceguecido ante la seducción de Dalila, no se dio cuenta de que ella claramente lo estaba traicionando, y en lugar de extremar sus cuidados, le reveló que su fuerza era por haberse consagrado al Señor; es decir, porque nunca se había cortado el pelo (**Números 6:5**). Lo que Sansón tenía de fuerte, lo tenía de ignorante. Nunca lo vemos en su plenitud, actuando con sabiduría.

“Y aconteció que, presionándole ella cada día con sus palabras e importunándole, su alma fue reducida a mortal angustia. Le descubrió, pues, todo su corazón, y le dijo: Nunca a mi cabeza llegó navaja; porque soy nazareo de Dios desde el vientre de mi madre. Si fuere rapado, mi fuerza se apartará de mí, y me debilitaré y seré como todos los hombres. Viendo Dalila que él le había descubierto todo su corazón, envió a llamar a los principales de los filisteos, diciendo: Venid esta vez, porque él me ha descubierto todo su corazón. Y los principales de los filisteos vinieron a ella, trayendo en su mano el dinero. Y ella hizo que él se durmiese sobre sus rodillas, y llamó a un hombre, quien le rapó las siete guedejas de su cabeza; y ella comenzó a afligirlo, pues su fuerza se apartó de él”.

Jueces 16:16 al 19

La constante irreverencia de Sansón había llegado a su fin. Las Escrituras nos permiten ver que el forzado juez había crecido confiado en su fuerza hasta el punto de sentir que podía despreciar cualquier ley, incluso la que Dios mismo había dictado. Seguramente sus padres trataron de guiarlo como nazareo, pero es evidente que Sansón fue probando sus límites y, al ver que no ocurría nada malo, terminó pecando en varias ocasiones.

Sin duda, este es el silencioso engaño en el que muchos caen hoy en día. No tenemos el pacto que designó la unción en Sansón, no vivimos bajo el cumplimiento de la Ley dada a Moisés, y la unción no está sobre nuestros cabellos, sino dentro de nuestro ser. Sin embargo, la irreverencia ante la presencia de Dios y la ignorancia respecto de cómo opera Su gracia soberana, hace que muchos lleguen a pensar que romper límites no es gravoso.

El comportamiento descuidado sin resultados negativos puede confundir a muchos, tal como le sucedió a Sansón. Más allá de la época, la gracia de Dios siempre ha estado presente. Su paciencia se hizo evidente con la nación de Israel y este ungido juez imprudente y mujeriego fue un ejemplo más.

Que Dios sea tardo para la ira y no castigue rápidamente el pecado (**Números 14:18**), no significa que con el tiempo no haya consecuencias negativas para quienes los cometen. Sansón intentó escapar tal como lo había hecho tantas veces, pero la fuerza ya se había apartado de él. Los

filisteos solo hicieron un trámite lógico; en realidad, fue su descuido y su irreverencia lo que terminó despojándolo de la unción.

“los filisteos le echaron mano, y le sacaron los ojos, y le llevaron a Gaza; y le ataron con cadenas para que moliese en la cárcel”

Jueces 16:21

Finalmente, Sansón tuvo que afrontar las consecuencias de sus actos. Los filisteos pensaban celebrar su gran victoria sobre Sansón, y los gobernantes se reunieron en el templo de su dios Dagón para alabarlo por haber entregado a Sansón a su poder (**Jueces 16:23**). Durante los festejos, sacaron a Sansón de la prisión para entretenerse burlándose de su estado.

La Biblia no describe detalladamente los sentimientos de Sansón, ni tenemos palabras de arrepentimiento salidas de su boca, pero es obvio que semejante proceso de dolor físico y penosa humillación, debe haberle generado profundos sentimientos de angustia, y un genuino arrepentimiento ante el Señor.

De haber sido un hombre caprichoso, con toda la fuerza y autoridad como para darse los gustos, a ser un prisionero débil, ciego y dependiente, hay un gran abismo de dolor. Los filisteos se divertían con él y se burlaban públicamente, pero cometieron un grave error: se olvidaron del Dios de Sansón.

Resignado y apoyado en los pilares del templo pagano, Sansón clamó al Señor, diciéndole: ***“Señor, acuérdate ahora de mí, y fortaléceme, te ruego, solamente esta vez, oh Dios, para que de una vez tome venganza de los filisteos por mis dos ojos”*** (Jueces 16:28). Misericordiosamente, Dios accedió a la petición de quien nunca fue sacado de su propósito.

“Y dijo Sansón: Muera yo con los filisteos. Entonces se inclinó con toda su fuerza, y cayó la casa sobre los principales, y sobre todo el pueblo que estaba en ella. Y los que mató al morir fueron muchos más que los que había matado durante su vida”.

Jueces 16:30

Curiosamente, Sansón fue considerado por el mismo Señor como un verdadero hombre de fe (**Hebreos 11:32**). Es por eso que su ejemplo nos sirve hoy, porque fue ungido de manera muy especial, pero al final Sansón era un hombre de carne y hueso, y sus muchos errores nos sirven de advertencia para que nunca descuidemos la unción de Dios.

La vida de Sansón fue muy contradictoria. Fue un hombre consagrado desde el vientre de su madre, pero mostraba una gran debilidad moral. Fue juez durante veinte años, pero no solo no lo vemos impartiendo justicia para su nación, sino que además lo vemos rompiendo continuamente las reglas y quebrantando la Ley.

La vida de Sansón nos muestra la importancia de valorar la unción y comprender que nuestro Dios es Santo.

Nos enseña a confiar en las virtudes y el poder de Dios, no en nuestras debilidades. Nos enseña a buscar la voluntad de Dios, no nuestra propia obstinación; y a depender de la sabiduría del Señor, no nuestro limitado entendimiento.

Hoy en día, la unción no se manifiesta en nuestros cabellos, sino que habita en nuestro ser. No nos otorga fuerza física para pelear contra carne y sangre, porque nuestras batallas son espirituales. De hecho, no somos jueces de Israel, pero somos embajadores de un Reino y ciertamente, como miembros del cuerpo de Cristo, somos la Iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad. Por lo tanto, debemos asumir nuestras responsabilidades.

Debemos valorar y cuidar el gran privilegio de tener la persona del Espíritu Santo en nosotros. En nuestras oraciones, pidamos como David, que el Señor mismo nos fortalezca y nos ayude a sostenernos puros y obedientes.

“Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva la firmeza de mi espíritu. No me alejes de tu presencia ni me quites tu santo Espíritu. Devuélveme la alegría de tu salvación; que un espíritu obediente me sostenga”.

Salmo 51:10 al 12 PDT



Capítulo cinco

ALGUNOS ENEMIGOS DE LA UNCIÓN

“Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros”

2 Corintios 4:7

Muchos piensan que la unción solo debe ser manifestada por los ministros, pero eso no es verdad. La unción no solo es derramada en los ministerios de **Efesios 4:11**, y sobre los responsables de posiciones de liderazgo, sino también sobre todos y cada uno de los renacidos hijos de Dios. Todos somos responsables de cuidar la unción y todos luchamos con las mismas adversidades.

El apóstol Pablo nos enseñó que todos somos miembros de un mismo cuerpo, y si bien cada uno desarrolla funciones distintas, el Espíritu que nos empodera y capacita es el mismo; hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo, y hay diversidad de actividades, pero Dios, que hace todo en todos, es el mismo (**1 Corintios 12:4 al 6**).

Funcionar en el propósito implica que cada uno ocupe el lugar y realice la tarea que Dios ha determinado. No importa lo que podamos querer, o cuántas oportunidades se nos puedan abrir, lo importante es respetar al Señor y Su voluntad, haciendo solo lo que Él ha determinado. Así como en el cuerpo humano cada parte tiene un funcionamiento definido, espiritualmente hablando sucede lo mismo.

Por ejemplo: podemos encontrarnos con una persona a la cual Dios utiliza como evangelista, por lo tanto, cuando él habla, la gente simplemente se convierte, pero puede que no tenga la gracia de ser un maestro de la Palabra. Quizás esta persona tenga el deseo de enseñar, incluso puede que lo haga con cierta eficacia, pero su nivel de impacto espiritual no puede ser el mismo que al momento de fluir como evangelista, porque ese es su llamado. Dios le dio la unción primaria para evangelizar, no para enseñar.

Hoy en día vemos muchos hermanos con ambiciones bien intencionadas, porque al final, solo desean servir a Dios, pero el problema es que se meten en áreas no asignadas por el Señor, y eso trae desorden, dispersión y pérdida de la unción en la Iglesia. Yo lo trato en mi libro titulado: “Leones en el zoológico”, donde analizo a los ministerios fuera de lugar.

Hay demasiados ministros detrás de cargos eclesiásticos, sin comprender que los dones de ascensión son funciones, no niveles de reconocimiento y poder. Hay evangelistas que se han puesto de pastores, hay pastores que

han aceptado el nombramiento de apóstoles cuando no lo son. Hay profetas con Iglesias a cargo y apóstoles pastoreando su grey. Así no podremos ser verdaderamente efectivos, porque estamos funcionando desordenadamente.

La unción no fluye hacia donde nosotros pretendemos, sino hacia donde el Señor establece. Por lo tanto, hay muchos ministros que realizan tareas, pero no lo hacen en la unción, porque no están caminando en su asignación. En la Iglesia no hay ascensos por trayectoria, ni por oportunidades. Hay funciones que se deben respetar, porque la ambición de algunos, solo provoca la retracción del Espíritu Santo.

Cuando hablamos de que alguien tiene unción ministerial, estamos hablando de una persona que ha recibido sobre su vida la gracia de Dios para fluir con un don, o ministerio específico que otras personas no tienen. A su vez, otros han recibido una unción que esta persona carece, y debemos respetar esas elecciones porque, si bien son el resultado de la gracia, también son el resultado de intenciones soberanas.

Las ambiciones ministeriales son el resultado del orgullo, de la búsqueda de reconocimientos o poder, es el resultado de inseguridades personales, de falta de carácter y de rebelión contra Dios. Cuando no hay temor de Dios, cualquiera pretende hacer lo que bien le parece, y no lo que Dios manda.

Cuando entendemos que cada uno tiene de parte de Dios una unción única y diferente, se acaban los problemas de competencia y egocentrismo. Cuando descubrimos que no tenemos todo, o no tenemos lo que otros tienen, pero tenemos algo necesario para el cuerpo de Cristo, dejaremos de luchar por lo que no es nuestro, y nos pondremos humildemente a disposición de Dios y del cuerpo de Cristo.

El apóstol Pablo dice que podemos procurar los dones mejores (**1 Corintios 12:31**), pero eso no implica que podemos asumirlos antes de recibirlos. La fe no es para complacer nuestros deseos, sino para funcionar en la legalidad del Reino. Si Dios lo dijo, tenemos fe, pero si no lo dijo, solo tenemos deseos, que pueden no ser malos, pero si no son de Dios es mejor que no los procuremos.

La unción que hemos recibido no es por méritos sino por gracia o regalo divino. Cuando entendemos esto, fluiremos con la unción que Dios nos ha dado, revestidos con un espíritu de humildad. **Colosenses 3:12** dice: *“Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia”*.

La falta de humildad es uno de los mayores enemigos de la unción. No solo a nivel ministerial, sino que todos los cristianos debemos tener sumo cuidado con el orgullo, porque es el peor enemigo que puede atacar la unción. La humildad es la virtud que consiste en el conocimiento de las propias limitaciones y debilidades y en obrar de acuerdo con

ese conocimiento, sin dudas el mejor antídoto contra el orgullo.

El orgullo es como la raíz de todos los pecados, debido a que fue el pecado que llevó a Satanás a rebelarse en contra de Dios. Una persona que camina con orgullo puede caer en cualquier pecado. Hoy día, tristemente, hay un sinnúmero de cristianos que han caído en diferentes pecados y no se han vuelto a levantar por causa del orgullo que anida en sus corazones.

Generalmente, los orgullosos dependen de sus habilidades, de lo que saben y de lo que han aprendido. Por esta razón, viven independientemente de Dios y de los demás. La religiosidad generalmente está afincada en el orgullo, porque se basa en obras humanas y justicia propia, por lo cual suele esconderse en el conocimiento teológico, o en las obras muertas de quienes procuran ser justos a través de sus hechos.

El orgullo es lo que da lugar a la soberbia, que sin duda es la manifestación más extrema del orgullo. El soberbio es aquel que tiene una excesiva estima de sí mismo y menosprecia a los demás. Es uno que se jacta de sus logros pasados y presentes, creyendo que todo lo que ha logrado es gracias a su propia fuerza; por lo tanto, no le da la gloria a Dios.

El orgullo y la soberbia contienen la misma esencia de la naturaleza diabólica, porque la persona con estas actitudes

está negándose a obedecer la autoridad legítima de Dios. Esto, exactamente, es lo que Lucifer hizo cuando habitó en el cielo. Estudiemos cómo Dios aborrece el orgullo.

***“Abominable es para Jehová todo altivo de corazón;
ciertamente no quedará impune”.***
Proverbios 16:5

Las personas autosuficientes creen que poseen una gran virtud, pero permanentemente contristan al Espíritu Santo, porque siempre ponen su confianza en sus habilidades naturales y no en Dios. No les gusta trabajar en equipo, tienen un espíritu individualista. El autosuficiente considera que no necesita de los demás, y siempre pone una excusa para no trabajar con la congregación.

Otro enemigo de la unción es el egoísmo. Las personas egoístas tratan de satisfacerse a sí mismas, sin importarles los demás. Esto es un gran problema en el matrimonio, en las amistades, en las relaciones laborales y, por supuesto, en la Iglesia del Señor. La unción no es para uso o beneficio personal, es para servir a Dios y al prójimo.

Si viviéramos en una isla y estuviéramos solos, lejos de toda civilización, ¿de qué servirían los dones, los talentos o el conocimiento bíblico? En mi caso: ¿de qué me serviría ser maestro de la Palabra? ¿A quién podría enseñar o dar lo recibido? La unción no es para obtener beneficios, reconocimiento o riquezas; la unción es para honrar a Dios y servirlo con humildad.

Otro de los enemigos de la unción es el rencor. Hay hermanos que son rencorosos y les cuesta perdonar ofensas. Tal vez no se dan cuenta, pero la falta de perdón está ligada al ego. Ellos tienen una extremada valoración de sí mismos y no permiten que alguien pueda atacarlos de alguna manera. El problema es que todos hemos sido perdonados por Dios, más allá de nuestro merecimiento.

Si deseamos respetar la unción, debemos respetar la gracia de Dios. Cuando hemos sido perdonados por gracia, debemos perdonar nosotros también, porque de lo contrario no solo vamos a caer en ataduras del alma, sino que además vamos a limitar el desarrollo de la unción en nuestras vidas.

Sin embargo, si hieren u ofenden a una persona humilde, esta perdonará fácilmente, no importa cuán grande pueda ser la herida que le hayan causado. Sea grande o pequeño su dolor, él o ella perdonará fácilmente por haber sometido su ego al gobierno del Espíritu Santo, y su deseo de actuar semejante al Maestro Jesús. Son capaces de perdonar sin límites. Esto agrada mucho a Dios y la unción lo sana y lo capacita para ayudar a otros que pasan por procesos de dolor.

Otro de los enemigos de la unción es la incredulidad, ya que en muchos casos esta es producto de la soberbia. En el caso de los impíos, la incredulidad es un grado avanzado de soberbia, pero en algunos cristianos suele tener diferentes motivos, pero en todo caso, siempre desagrada a Dios. La persona incrédula se caracteriza por ser y trabajar

independientemente de Dios, no porque no cree en Dios, sino porque piensa que todo depende de sus propias fuerzas. Una vez más, el mismo error con diferente disfraz.

Los incrédulos creen que pueden lograrlo todo y que pueden alcanzar las bendiciones de Dios por sus propios medios. No es que no creen en Dios, no me estoy refiriendo a los impíos, sino a los incrédulos que creen más en lo que pueden ver con sus ojos que en las verdades espirituales. Estos impiden la manifestación del Espíritu Santo, por lo tanto, ahogan la unción y no permiten su protagonismo espiritual.

Hay ocasiones en que la fe de algunos hermanos no crece porque confían demasiado en sí mismos. Dependen mucho de lo que saben o creen que pueden, pero no permiten que Dios los lleve por caminos de inseguridad personal. Por ejemplo, veo a hermanos que deben predicar la Palabra, pero luchan mucho para preparar un mensaje, nunca creen que les saldrá bien ni creen que están listos para hacerlo de manera excelente. Esto puede parecer bueno en responsabilidad, pero la verdad es que están pensando en ellos, y cuando hacen esto, no permiten que el Espíritu Santo haga Su trabajo.

Estos hermanos piensan una y otra vez lo que van a decir, escriben y escriben todo, luego se sujetan a un bosquejo y nunca creen que fueron lo suficientemente buenos en comunicar la Palabra. En realidad, lo que necesitan es funcionar en la unción, permitir que el Señor les diga lo que

deben predicar, pero luego, deben permitir que la unción los sorprenda tal como lo desee al momento de expresarse.

Sujetarse demasiado a un bosquejo, a un programa, a una estructura, a un esquema o a un diseño de trabajo, nunca es bueno, porque todo lo que hagamos según nuestras ideas o capacidades, impedirá o limitará la manifestación de la unción. Al final, quienes impiden el obrar del Señor, van quedando vacíos de poder, y ni siquiera logran darse cuenta.

Dios no nos va a usar por lo buenos que seamos, o porque conozcamos mucho la Biblia. Dios nos va a usar por Su misericordia y por Su gracia. Es bueno que nos capacitemos para presentarnos ante el Señor como herramientas completas en Sus manos, pero la preparación, el estudio y las capacidades personales como la buena oratoria, sin humildad, pueden convertirse en enemigos de la unción.

Notemos que detrás de todo enemigo de la unción, se encuentra la soberbia y el orgullo, porque estas son las raíces de todos los pecados, las raíces de todas las debilidades, las raíces de toda independencia de Dios; por lo tanto, debemos descubrir que el diablo es un enemigo permanente, pero si estamos bien, él no puede afectar nuestra unción. Es nuestro corazón el centro de los problemas. Para identificar si tenemos soberbia u orgullo en algún área de nuestra vida, debemos permitir que el Señor gobierne completamente nuestro corazón.

***“Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón;
Porque de él mana la vida”.***

Proverbios 4:23

Debemos pedir a Dios un corazón limpio y un espíritu recto dentro de nosotros (**Salmos 51:10**), ya que la humildad es consecuencia de ver claramente que todo lo que somos y tenemos viene de Dios. Es conocer la gracia y saber quiénes somos en Cristo, sin jactarnos de nada. Es tener la habilidad de transferir todo éxito y todo reconocimiento a Dios. Todo el que desee fluir en la unción debe caminar en humildad, reconociendo siempre su dependencia total de Dios, transfiriéndole Su gloria en todo tiempo.

Humildad también es trabajar por amor a Dios y amor al prójimo, es darles un alto valor a los demás, es ponernos en lugar de servidores, no solo de Dios, sino de todos nuestros hermanos y personas necesitadas. Para tener un ministerio con buen fundamento y funcionar en la unción del Espíritu, debemos portar la mayor de todas las virtudes, que es nada menos que la humildad.

Otro enemigo de la unción es la falta de compasión. Si no somos compasivos con los demás, difícilmente podamos trabajar en la unción. La compasión implica sentir el dolor de otro, ser tocado en las entrañas por la necesidad de otro, sentir lo mismo que otro siente, es empatía, es piedad, es amor.

Entre más compasión tengamos por el prójimo y comprendamos honestamente las situaciones que puedan

estar pasando, la unción se manifestará con más y más poder en nosotros. No se puede ministrar a los perdidos sin compasión, no se puede orar por un enfermo sin compasión, no se puede ayudar a quienes estén sufriendo sin compasión. La unción es dada a aquellos hombres y mujeres que andan y caminan en compasión, eso fue lo que nos enseñó nuestro maestro Jesús.

Entre más podamos sentir el dolor del prójimo, mayor unción veremos manifestada en nuestras vidas. Hay personas que quieren la unción de milagros, pero lo desean para engrandecerse ellos mismos, no por verdadera compasión. Esta es una de las razones por las cuales la unción no puede fluir en sus vidas. La mayor parte de los milagros que Jesús hizo fue porque tuvo compasión de la gente.

“Y saliendo Jesús, vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, y sanó a los que de ellos estaban enfermos”.

Mateo 14.14

Otro enemigo de la unción es la falta de integridad. Cuando decimos que alguien es íntegro, hablamos de alguien pleno, alguien que no tiene espacios para la inmoralidad, alguien que no tiene motivaciones impuras ni pretensiones egoístas. Hace un tiempo escribí un libro titulado: “El poder de la integridad”, porque la considero una virtud tan importante y necesaria para la unción, que propongo fijar nuestra atención en cultivarla.

“Presentándote tú en todo como ejemplo de buenas obras; en la enseñanza mostrando integridad, seriedad”.

Tito 2:7

La integridad es fundamental en la vida de todo creyente que pretenda moverse en la unción. El Señor no usa ni derrama Su unción en personas cuyas motivaciones y pretensiones puedan contener motivos viciados.

Una persona íntegra es siempre la misma y se comporta igual, ante toda persona, no importa dónde pueda estar, con quién pueda estar o qué pueda estar haciendo. No importa si está sola o ante grandes multitudes, es igual y se comporta de la misma forma. El enemigo no tiene cómo penetrar la armadura de alguien íntegro, y la unción siempre lo respaldará.

Otro de los enemigos de la unción es la desobediencia. Hay hermanos que no lo reconocerían fácilmente, pero sufren de una rebelión constante. Ellos escuchan lo que dice el liderazgo, pero después hacen las cosas tal como ellos quieren. Incluso hay líderes que no respetan a sus autoridades, porque después de recibir alguna directiva, terminan haciendo las cosas a su manera.

La desobediencia infundada, la desobediencia caprichosa o la desobediencia diabólica es, en todos los casos, enemiga de la unción. El Señor actuará pacientemente con hijos que son desobedientes y Su gracia los visitará de

continuo, pero si persisten en sus rebeliones, la unción dejará de fluir en ellos.

Cuando Dios unge a una persona y le confía Su unción, espera que sea obediente, sumisa y entregada. Como dijo el profeta Samuel: ***“Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios...”*** (1 Samuel 15:22). Un pequeño acto de obediencia puede abrir grandes puertas en el Señor, pero pequeñas desobediencias pueden impedir la manifestación de la unción.

No puedo nombrar algunos enemigos de la unción y no envasar todo en lo que los pecados, cualesquiera que sean estos, grandes o pequeños, los pecados siempre violentarán la unción de un Dios Santo. El apóstol Pablo nos deja bien en claro en su carta a los Romanos que el pecado todavía nos habita a través de nuestra vieja naturaleza, pero debemos trabajar diariamente para despojarnos de ella, para no dar lugar a palabras, pensamientos o hechos pecaminosos.

En el Antiguo Testamento, cuando una persona era ungida, debía pasar por largos procesos de limpieza y purificación. En el Nuevo Pacto, contamos con la gracia, el poder de la sangre de Cristo y la revelación de la cruz. Dios derramaba Su unción en vasos limpios y puros. Nosotros somos responsables de mantenernos así. No porque podamos limpiarnos para Dios, sino porque podemos habitar su gracia y ser buenos administradores de Su obra en nuestras vidas.

Nuestras emociones, nuestros sentimientos, nuestros motivos e intenciones, pueden ser difíciles de detectar como emisores de pecado, pero ciertamente lo son. No es solamente nuestra carne la que genera pecados. Digo esto porque al pensar en pecados, todos piensan primeramente en fornicación o adulterio, en mentiras, en robos, o cosas así, pero la verdad es que muchas veces nuestro ser interior labora pecados mucho más simples que también violentan la presencia del Espíritu Santo.

Otro de los enemigos de la unción es la timidez. Algunos la pueden considerar inofensiva, porque las personas tímidas suelen parecer humildes, pero en realidad la falta de coraje o denuedo puede impedir que el Espíritu Santo haga lo que desea a través de las personas tímidas. El apóstol Pablo le escribió a Timoteo lo siguiente:

“Pues Dios no nos ha dado un espíritu de timidez, sino de poder, de amor y de dominio propio”.

2 Timoteo 1:7 NVI

Este pasaje puede parecer simple, pero es muy revelador, porque la versión Reina Valera no dice timidez, sino cobardía, y por lo general, nosotros no consideramos la timidez como si fuera cobardía. De hecho, hay gente que dice ser tímida, pero rara vez escuché a alguien mencionar que su característica personal es ser un cobarde.

Si deseamos servir a Dios y anhelamos que la unción fluya con libertad en nuestras vidas, debemos ser audaces,

osados, atrevidos, llenos de coraje y denuedo para hablar y actuar en todo lugar y ante cualquier persona. Si el Espíritu Santo desea hacer algo y nosotros no nos atrevemos, estaremos violentando la unción y con el tiempo esto limitará grandemente Su fluir.

Todo hijo de Dios que pretenda cumplir con su rol de embajador de Cristo debe ser extrovertido, y actuar con denuedo como parte de su vida. Debe tener el atrevimiento para hablar, para exhortar, para orar públicamente, para testificar con autoridad, y aún para echar fuera demonios de personas oprimidas.

Realizar grandes pasos de fe, implica valor, audacia y locura intelectual. Algunas veces, Dios nos pedirá cosas que son ilógicas y faltas de cordura, pero así es la fe. No importa si nuestra mente no comprende o considera que algo es innecesario, si respetamos la unción, debemos dar rienda suelta a los deseos del Señor, más allá de nosotros mismos.

Por último, si deseamos honrar la unción y pretendemos su manifestación constante, debemos romper los patrones de conducta individualistas. Todos somos parte de un diseño corporativo que es la Iglesia y la falta de unidad es un pecado que impide el fluir de la unción. Algunas congregaciones están secas porque su pastor o líder no se quiere unir a nadie, critica a otros pastores, o los ve como sus competidores. Esto no es inocente y pensar así puede causar mucho daño en la Iglesia.

Los pastores que no pueden sostener comunión con otros pastores, no deberían pedir a los hermanos de su congregación que se comporten con amor, sin causar pleitos o divisiones. Pastores que en la Santa Cena piden la unidad de los hermanos, pero ellos no quieren ni saludar a otros pastores, agreden la unción del Espíritu Santo.

Algunos no saben por qué entran en debilidad, por qué sus mensajes no tienen unción, o sus oraciones carecen de poder, pero la verdad es que en el Reino, todo tiene que ver con todo, y si actuamos con individualismo o falta de unidad estaremos obrando como enemigos de la unción.

Todos aquellos que amen la unidad del cuerpo de Cristo, no solo en su congregación, sino la de toda la Iglesia, y que procuren la unidad familiar, siempre portarán mayor unción sobre su vida. No ignoremos que lo contrario de un espíritu de unidad es tener un espíritu de división y egoísmo.

Dios considera la falta de unidad como un verdadero pecado. La unidad es algo por lo cual Jesucristo pagó un alto precio, y cualquiera que procure evitar la unidad, estará trabajando en contra del deseo de Dios. La unidad evidencia tolerancia y amor verdadero, por eso produce multiplicación de unción, de autoridad y de poder espiritual.

Por último, debemos cuidar siempre las intenciones de nuestro corazón. Recordemos que la unción no es para sacar provecho personal, no debemos abusar de la unción pretendiendo que Dios haga lo que nosotros decimos. Es al

revés, nosotros estamos para hacer lo que nuestro Rey quiera y debemos sujetarnos a Su voluntad. Recibir dirección y operar en la unción es Reino, nunca debemos hacerlo al revés.

“Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados”

Isaías 57:15



Capítulo seis

BUSCANDO LA UNCIÓN DE LA MANERA CORRECTA

*“Porque contigo está el manantial de la vida.
En tu luz veremos la luz”.*

Salmo 36:9

Cuando alguien pierde un objeto personal, lo primero que hace es recordar dónde estuvo, qué hizo y cuál fue el momento y lugar donde probablemente lo extravió. A nadie se le ocurriría ir a buscarlo en un lugar luminoso únicamente porque haya luz allí. Es decir, la luz no determina la búsqueda, sino los hechos acontecidos.

Sin embargo, cuando hablamos de la pérdida de unción, debemos analizar los hechos que pudieron atentar contra su manifestación. Pero, además, necesitamos la luz de Dios para encontrar lo perdido. Dado que la pérdida de unción es un acontecimiento espiritual, solo con la luz divina podemos comprender plenamente cuáles han sido las verdaderas causas que la generaron.

Uno de los errores más comunes entre quienes buscan explicaciones sobre la disminución de la unción en sus vidas es recurrir a la introspección. Este término hace referencia al proceso de observar y analizar los propios pensamientos, emociones, motivaciones y conductas con el fin de comprenderlos. La palabra introspección proviene del latín “*introspicere*”, que significa “mirar hacia adentro”.

Si bien la introspección puede ser útil en el ámbito de la psicología, en lo espiritual resulta contraproducente. Para ilustrarlo, suelo usar el siguiente ejemplo: si un joven universitario termina una prueba de matemáticas y entrega su examen, este debería ser corregido por los profesores, no por él mismo. Imaginemos que se le pidiera una auto-corrección. ¿Qué calificación creemos que se pondría? Seguramente un diez, pues al entregar su examen lo debe haber entregado convencido de que todas sus respuestas estaban correctas.

Lo mismo ocurre cuando intentamos analizarnos a nosotros mismos: tendemos a creer que nuestras acciones y pensamientos son correctos. Por tanto, carecemos del criterio necesario para juzgar con objetividad nuestros verdaderos problemas. Ningún creyente tiene la capacidad de ir más allá de la luz que Dios le ha dado; de este modo, las conclusiones sobre nuestra vida dependerán de la medida de luz con la que contemos.

Cuando ignoramos nuestros errores o las razones de nuestra verdadera condición espiritual, necesitamos con urgencia la obra del Espíritu Santo. Él es el único capaz de

darnos convicción espiritual genuina, guiándonos hacia toda verdad y justicia (**Juan 16:13**). Nosotros podemos sacar muchas conclusiones de nuestra condición, pero solo Él nos conoce profundamente.

El Espíritu Santo actúa en nuestro espíritu para ayudarnos en nuestra debilidad. Si no somos sensibles a Su voluntad, dirección y convicción, viviremos ignorando nuestras carencias reales. Y si no reconocemos nuestra condición, no recurriremos a Su gracia, que es la única fuente de la unción.

Muchas personas tienen una percepción equivocada de sí mismas. Se describen como buenas, humildes, generosas, víctimas o sensibles. Sin embargo, es posible que no sean tal como se ven a sí mismas o como las percibe su entorno. Si alguien se autoevalúa de esta manera, difícilmente accederá a la verdad, salvo que lo haga con humildad y genuina entrega.

El primer paso para recuperar la unción perdida es conocernos como Dios nos conoce. Para ello, debemos pedir al Espíritu Santo que nos ilumine y nos permita vernos tal como realmente somos. Debemos reconocer que Dios nos conoce mucho más de lo que nosotros mismos podríamos pretender. Como dijo el Señor a través del profeta Jeremías:

“Nada hay tan engañoso y perverso como el corazón humano. ¿Quién es capaz de comprenderlo?”

Yo, el Señor, que examino el corazón y conozco a fondo los sentimientos; que doy a cada cual lo que se merece, según sus acciones”.

Jeremías 17:9 y 10 DHH

Solo Dios conoce plenamente nuestro corazón. Por ello, cada vez que intentemos auto-examinarnos, debemos recurrir a la ayuda del Espíritu Santo. Él puede mostrarnos los motivos reales de nuestras acciones y la verdadera condición de nuestro corazón. Solo en Su luz podemos hallar la luz verdadera. Este es el primer paso hacia la recuperación.

Recuerdo una ocasión en que una hermana de la congregación me compartió sus problemas, esperando que le ofreciera un consejo para salir adelante. No era la primera vez que me hablaba de sus dificultades, y llegué a la conclusión de que el problema no era su entorno, sino ella misma. Cuando me permitió hablar, le dije: “Hermana, para ser sincero, creo que usted es muy orgullosa”.

La hermana abrió los ojos de par en par, y levantando la voz, exclamó: ¿Orgullosa yo? ¿Orgullosa yo? ¡De ninguna manera! Luego, se fue enojada de mi casa y no volvió a congregarse. Había estado varios años con nosotros, y en verdad habíamos tratado de ayudarla en todo lo que pudimos. Sin embargo, nada fue suficiente para que aceptara seguir siendo ministrada, prefirió irse a otra congregación a donde le dijeran que el problema no era ella, sino su familia.

Si una persona no es capaz de asimilar lo que su pastor le dice cara a cara, ¿Cómo podrá escuchar el suave susurro del Espíritu Santo? Él nos utiliza como canales para expresar Su voluntad, pero lo ideal es que podamos escucharlo hablando a nuestro corazón. Él siempre nos hablará primero en la dimensión espiritual, y espera que seamos sensibles a Su voz.

Es fácil contristar al Espíritu Santo si resistimos Su gobierno con negativas o insensibilidad espiritual. Si realmente deseamos recuperar la unción perdida, necesitamos un corazón humilde, permitiendo que el Espíritu Santo derribe fortalezas, argumentos y altiveces en nosotros **(2 Corintios 10:4 al 6)**.

Otro requisito fundamental para recuperar la unción perdida es la revelación de la gracia. Una vez que comprendemos nuestra pobre condición, nuestros errores o pecados, si no apelamos a la gracia, nunca podremos recuperar lo perdido. La comprensión que tengamos de la gracia es lo que nos habilitará para creernos dignos de un nuevo tiempo.

Es importante tener claro que la gracia no está limitada por nuestras virtudes ni por nuestras debilidades. Algunos hermanos, tras caer en tentaciones y oscuridad, llegan a pensar que no son dignos de la gracia porque sus pecados son innumerables. Pero eso no es cierto. Somos hijos de Dios por Su gracia, y esa gracia no se cancela ni se anula por nuestros

errores. Lo único que Dios necesita es nuestra sincera confesión y reconocimiento.

No hay nada más contradictorio o insensato que pensar que nuestro pecado es mayor que la gracia de Dios. Si alguien está enfermo, necesita un médico y un tratamiento efectivo. Si alguien está en pobreza total, necesita ayuda económica, alimentos o abrigo. Del mismo modo, cuando descubrimos nuestra debilidad, descuido o pecado, necesitamos imperiosamente de la gracia soberana de Dios.

El pecado no anula la gracia; por el contrario, le da una oportunidad para manifestarse. Muchos creen que para recuperar la unción deben hacer algo diferente, pero lo primero no es el hacer, sino el ser. Lo que más importa a Dios es nuestra condición, no nuestras acciones. La gracia trabaja primero en nuestro corazón; es allí donde comienza la verdadera recuperación espiritual.

Algunos hermanos pierden la operación de la gracia no porque hayan pecado, sino porque no comprenden sus dimensiones verdaderas. Algunos se culpan y se descalifican para recibir el perdón, mientras que otros no creen haber caído tan bajo como para necesitar ayuda. En ambos casos, se cierra la puerta a la gracia: unos por falta de fe y otros por orgullo moral. Si deseamos recuperar la unción, debemos encontrar el equilibrio entre la humildad y la entrega.

Después de ser ministrados por el Espíritu Santo, de comprender la verdad de nuestra condición y de reconocer

los descuidos, errores o pecados que nos han hecho perder grados de unción, necesitamos de la gracia como plataforma para la recuperación. Pero hay algo más que nos compromete y que es fundamental: nuestra actitud.

Una historia del Antiguo Testamento nos inspira sobre cómo debemos desear la unción del Señor. Es la historia de Eliseo, sin duda una de las narrativas más conmovedoras de la Biblia. Este relato refleja no solo la ambición espiritual de Eliseo, sino también su dedicación y perseverancia frente a los desafíos que enfrentó.

Cuando Elías se preparaba para ser llevado al cielo, Eliseo le pidió una doble porción de su espíritu. Este deseo simboliza la importancia de valorar y buscar la unción de Dios con determinación. Eliseo no buscaba fama ni reconocimiento; de hecho, lo había dejado todo para seguir a Elías y servirlo.

Su ejemplo también nos enseña la importancia de aprender mientras servimos. Cuando tenemos la actitud correcta, estamos abiertos a aprender de las personas a quienes servimos. Por eso es crucial saber con quién nos relacionamos, a quién reconocemos y a quién decidimos servir. Estar cerca de personas con autoridad, que conocen más del Reino y viven conforme a lo que predicán, siempre nos traerá bendición.

Si deseamos recuperar la unción, debemos reconocer y respetar a una autoridad espiritual como representante de la

autoridad de Dios. Es lamentable que hoy en día no haya tantos Elías auténticos: hombres cuyo único propósito sea servir a Dios y transferir Su manto a quien Él determine.

Por desgracia, muchos líderes espirituales buscan honra y reconocimiento, pero no están interesados en impartir lo que tienen, sino en recibir beneficios y someter a las personas a su servicio. Líderes con estas actitudes siembran dudas sobre la paternidad genuina porque manipulan, intimidan y controlan a sus hermanos, enseñoreándose de ellos. Si alguien desea recuperar la unción, no debe buscarla bajo el manto de un líder egoísta y controlador.

Cuanto más escucho ciertas historias, más comprendo la importancia de relacionarnos con personas que sean una fuente de inspiración sana y que posean un ministerio verdaderamente apostólico. Así como Eliseo procuró el manto de Elías, nosotros debemos procurar la unción de una fuente digna y verdadera.

En este Nuevo Pacto que vivimos, no esperamos que alguien nos pase su manto para tener unción. No me refiero a eso. Todos recibimos la unción de Cristo y no de una persona determinada. Lo que debemos saber es que nuestra autoridad espiritual es quien puede ayudarnos a enfocarnos correctamente, a conocer más del Reino y ha recibir riquezas espirituales de parte de Dios. Es quien puede orar por nosotros, aconsejarnos correctamente e impartirnos de lo que él ha recibido.

Continuando con la historia de Elías y Eliseo, vemos que en determinado momento, era claro que Dios quería llevarse a Elías en un torbellino, pero Eliseo no se le desprendía de él. La Palabra dice: ***“Aconteció que cuando quiso Jehová alzar a Elías en un torbellino al cielo, Elías venía con Eliseo de Gilgal. Y dijo Elías a Eliseo: Quédate ahora aquí, porque Jehová me ha enviado a Bet-el. Y Eliseo dijo: Vive Jehová, y vive tu alma, que no te dejaré. Descendieron, pues, a Bet-el. Y saliendo a Eliseo los hijos de los profetas que estaban en Bet-el, le dijeron: ¿Sabes que Jehová te quitará hoy a tu señor de sobre ti? Y él dijo: Sí, yo lo sé; callad. Y Elías le volvió a decir: Eliseo, quédate aquí ahora, porque Jehová me ha enviado a Jericó. Y él dijo: Vive Jehová, y vive tu alma, que no te dejaré. Vinieron, pues, a Jericó. Y se acercaron a Eliseo los hijos de los profetas que estaban en Jericó, y le dijeron: ¿Sabes que Jehová te quitará hoy a tu señor de sobre ti? El respondió: Sí, yo lo sé; callad”*** (2 Reyes 2:1 al 5).

La partida de Elías no fue inesperada, de hecho, varias personas sabían que él sería llevado por el Señor, a Eliseo se lo dijeron en Bet-el los hijos de los profetas, igual sucedió con los hijos de los profetas en Jericó, y Eliseo les dijo a estos últimos que se callaran, que él sabía que Elías estaba por ser arrebatado por el Señor. Esto indica que no solo los dichos de Elías certificaban su partida, sino que los hijos de los profetas, en diferentes lugares lo sabían muy bien.

Vemos que después de ir a Jericó, Elías le dice a Eliseo que debe irse al Jordán y que se quede en ese lugar. Frente a

esto, la respuesta de Eliseo nuevamente fue negativa: ***“Elías le dijo: Te ruego que te quedes aquí, porque Jehová me ha enviado al Jordán. Y él dijo: Vive Jehová, y vive tu alma, que no te dejaré. Fueron, pues, ambos. Y vinieron cincuenta varones de los hijos de los profetas, y se pararon delante a lo lejos; y ellos dos se pararon junto al Jordán. Tomando entonces Elías su manto, lo dobló, y golpeó las aguas, las cuales se apartaron a uno y a otro lado, y pasaron ambos por lo seco. Cuando habían pasado, Elías dijo a Eliseo: Pide lo que quieras que haga por ti, antes que yo sea quitado de ti. Y dijo Eliseo: Te ruego que una doble porción de tu espíritu sea sobre mí. Él le dijo: Cosa difícil has pedido. Si me vieres cuando fuere quitado de ti, te será hecho así; más si no, no”*** (2 Reyes 2:6 al 10).

Eliseo fue fiel a Elías, permaneció con él, pero tuvo un detalle interesante, y es que le abrió su corazón y le dijo lo que anhelaba. No se quedó en silencio, sino que le compartió su deseo, que era nada menos que una doble porción de la unción que portaba Elías.

Elías estableció una condición, y era que Eliseo lo viera cuando fuera quitado de él. Esto implicaba que Eliseo debía estar alerta y apercebido de lo que estaba sucediendo, y eso fue precisamente lo que hizo al seguirlo por cada una de las ciudades a las que Elías fue. Veamos a través de este recorrido, qué significado o enseñanza podemos obtener para nosotros hoy.

En el contexto histórico, Gilgal fue el lugar donde el pueblo de Israel acampó después de cruzar el Jordán, al entrar en la Tierra Prometida. Allí también renovaron su pacto con Dios (**Josué 4:19 al 24**). Esto representa un lugar de renovación espiritual y de nuevo comienzo. Simboliza dejar atrás el pasado y comenzar una vida en obediencia y fe.

En el caso de Eliseo, puede simbolizar su decisión de dejar atrás todo para seguir el llamado de Dios. En el caso de un hijo de Dios que pretende recuperar la unción que ha perdido, puede significar la necesidad de asumir un nuevo tiempo, una nueva oportunidad, y más allá de todo error cometido, debe dar una vuelta de página para ir por lo mejor de Dios para su vida.

Por su parte, Betel significa “Casa de Dios”, y es el lugar donde Jacob tuvo su visión de la escalera que conectaba la tierra con el cielo (**Génesis 28:10 al 22**). Betel significa el lugar de encuentro con Dios y de consagración. Para Eliseo, podría representar el compromiso de mantenerse cerca de la presencia de Dios y buscar Su guía constantemente. Para un hijo de Dios que pretenda un recobro de la unción, implica la valoración de la Iglesia como diseño divino.

Por su parte, Jericó fue la primera ciudad conquistada por Israel en la Tierra Prometida, después de que los muros cayeran milagrosamente al sonar las trompetas (**Josué 6**). Representa victoria espiritual y fe en acción. Para Eliseo, este lugar simbolizó el poder de Dios para derribar obstáculos y

que, al seguir a Elías y hacerse cargo de su manto, debía confiar plenamente en la autoridad y el poder divino.

En lo que respecta a un hijo de Dios en busca de un renuevo en su vida, implica una actitud de fe, un avance renovado, ajeno a las dudas y las limitaciones. Si alguien desea recuperar la unción, necesita gestionar la fe, porque todo lo que no procede de la fe simplemente está fuera de la legalidad del Reino (**Romanos 14:23**).

El Jordán es un río significativo en la historia de Israel. Fue cruzado milagrosamente tanto por Josué como por Elías y Eliseo, y más tarde Jesús fue bautizado allí (**Mateo 3:13 al 17**). El significado espiritual del Jordán representa un lugar de transición y muerte del “yo”. Cruzarlo simboliza dejar lo viejo y entrar en lo nuevo, el paso a un nivel más profundo de fe y compromiso con Dios.

En el caso de Eliseo, cruzar el Jordán con Elías fue el prelude a recibir una doble porción del espíritu de Elías. En el caso de un hijo de Dios que habita en el Nuevo Pacto, es recibir una porción mayor de la unción de Cristo. El Espíritu Santo es una persona, y Dios da de Su Espíritu sin medida (**Juan 3:34**). Sin embargo, esa medida para nosotros no implica lo que tenemos de Dios, sino lo que Él tiene de nosotros; por eso debemos priorizar la entrega, no la recepción.

Podemos entender que cada ciudad que visitó Elías simboliza un proceso espiritual en la vida de Eliseo y, por

extensión, en la vida de todo creyente que procura ir por más de Dios para su vida. Gilgal como el comienzo de un nuevo caminar con Dios. Betel como un renuevo de intimidad con Dios y consagración en la comunión con todos los santos. Jericó como una vida afirmada en la fe y la firme decisión de ir en pos de las manifestaciones sobrenaturales, y el Jordán como la transformación final y empoderamiento para una nueva etapa de servicio.

Este recorrido también muestra cómo el discipulado requiere actitud, perseverancia, fe y disposición para seguir a Dios, incluso cuando no entendemos completamente el camino por el cual nos lleva. La expectación y la perseverancia siempre darán su fruto. Hoy tenemos a demasiados cristianos apurados para conseguir cosas, pero Dios nunca está apurado y no evitará procesos para complacernos.

Eliseo estuvo pendiente en todo momento y vio cuando Elías fue arrebatado al cielo: ***“Y aconteció que yendo ellos y hablando, he aquí un carro de fuego con caballos de fuego apartó a los dos; y Elías subió al cielo en un torbellino. Viéndolo Eliseo, clamaba: ¡Padre mío, padre mío, carro de Israel y su gente de a caballo! Y nunca más le vio; y tomando sus vestidos, los rompió en dos partes. Alzó luego el manto de Elías que se le había caído, y volvió, y se paró a la orilla del Jordán. Y tomando el manto de Elías que se le había caído, golpeó las aguas, y dijo: ¿Dónde está Jehová, el Dios de Elías? Y así que hubo golpeado del***

mismo modo las aguas, se apartaron a uno y a otro lado, y pasó Eliseo” (2 Reyes 2:11 al 14).

Así como Eliseo estuvo apercebido para recibir lo que quería, así debe procurar todo hijo de Dios ir detrás de la unción que Dios ha preparado para su vida. Mucho más, si alguno ha comprendido que, en lugar de avanzar, ha perdido de la unción que alguna vez disfrutó. Es tiempo de recuperar lo perdido, es tiempo de compromiso, actitud y pasión para ir en busca de la presencia del Señor.

Eliseo recibió la doble porción de la unción de Elías, y fue reconocida su unción por los hijos de los profetas. Inició su camino, haciendo lo mismo que Elías, separando las aguas del Jordán, pero luego caminó en fidelidad, haciendo grandes señales, milagros y prodigios. Ciertamente, cualquier hijo de Dios que ha experimentado el sabor amargo de perder la unción, y hace todo lo debido para recuperarla, habrá aprendido una lección.

Esa lección debe permitirle volverse fino y dependiente del gobierno del Espíritu Santo. Entonces, lo sobrenatural se manifestará en su vida como nunca antes. Dios despierte el hambre de Su pueblo para que todos podamos recuperar, como Iglesia, la unción que manifestamos en el primer siglo. Ruego que la lluvia tardía sea aún mayor que la temprana y que todos podamos esperar al Rey llenos de la unción de Su presencia.

“Hijos de Sión, regocijaos y alegraos en el Señor vuestro Dios; porque Él os ha dado la lluvia temprana para vuestra vindicación, y ha hecho descender para vosotros la lluvia, la lluvia temprana y la tardía como en el principio”.

Joel 2:23 LBLA



Capítulo siete

NUESTRO MAYOR Y MEJOR EJEMPLO

“El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor”.

Lucas 4:18 y 19

Tal como hemos visto, en el Antiguo Testamento el aceite determinaba la elección soberana de Dios, y era esa elección la que determinaba la operación del Espíritu Santo en las personas escogidas. Jesucristo se encarnó como el ungido de Dios, no porque recibió una redoma o un cuerno de aceite sobre Su cabeza, sino porque ya había sido elegido y enviado soberanamente por el Padre para Su misión terrenal.

Su elección no se produjo en la tierra, sino en el cielo; por lo cual, no recibió aceite preparado por algún sacerdote, sino que el Padre lo ungió para una tarea extraordinaria. Jesús

mismo se identificó con dicha unción al leer en la sinagoga lo que había escrito el profeta **Isaías** en el capítulo **61:1 al 3**.

Lo dicho por Jesús en la sinagoga fue un hecho consumado. Durante Sus tres años de ministerio terrenal, ciertamente sanó enfermos, liberó cautivos, dio buenas noticias a los pobres, rescató a los oprimidos por el diablo y anunció a todos que había llegado el tiempo de la salvación y el Reino de Dios.

Jesús era el escogido de Dios, el hombre llamado el Cristo, es decir, el ungido. Esta revelación la recibió el apóstol Pedro, quien, ante el interrogante del propio Jesús, contestó: ***“Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente...”*** (Mateo 16:16). Por su parte, Jesús no negó dicha afirmación, sino que alabó y recompensó a Pedro por esa acertada expresión.

La gente, muchas veces, ignora la diferencia entre Jesús, que era el nombre del niño que nació en Belén en días del rey Herodes, y Cristo, que era el preexistente Hijo de Dios, quien encarnó en ese niño y llevó adelante ese glorioso plan de redención para la humanidad. El mismo profeta Isaías había escrito: ***“Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz...”*** (Isaías 9:6).

El niño nacido fue Jesús, pero el Hijo dado fue el Cristo preexistente, quien se hizo hombre sin dejar de ser el

Dios fuerte, el Padre eterno y el Príncipe de paz. Él murió por todos en esa cruz del Calvario, pero al tercer día resucitó para darnos una esperanza de vida nueva (**Romanos 6:4**). Es decir, a través de Su obra consumada, inició para todos un Nuevo Pacto en Él.

Este Pacto no es un pacto que Dios haya realizado con nosotros, sino con Cristo, y por tal motivo es un pacto incondicional que nos garantiza su resultado final. Por la gracia soberana de Dios, muchos son los llamados, pero pocos los escogidos (**Mateo 22:14**). Esa elección soberana es la que nos da vida a través de la obra del Espíritu Santo, quien es el sello de tal elección. Él es la vida, es la unción que permanece en nosotros y es quien nos señala como escogidos hijos de Dios, con propósito y destino sobre esta tierra.

El Espíritu Santo nos empodera para cumplir el diseño de vida que Dios preparó para nosotros dentro del magno propósito en Cristo. El Nuevo Pacto no se puede vivir fuera de Cristo, no se puede vivir sin unción, por lo cual debemos aprender a operar en Él. Sin unción puede haber religión, pero nunca Reino. Sin unción, nadie puede posicionarse en Cristo para alcanzar plenitud de vida.

“¿Cómo sabemos que permanecemos en él, y que él permanece en nosotros? Porque nos ha dado de su Espíritu...”

1 Juan 4:13

Esta operación sobrenatural, que nos sostiene como escogidos hijos de Dios, ungidos con el Espíritu Santo al igual que el Primogénito, es extraordinaria. En la revelación de este Pacto, debemos tomar Su ejemplo, porque en Su muerte fuimos crucificados (**Romanos 6:8**), y en Su resurrección recibimos vida nueva (**Romanos 6:4**), esa vida nueva es Cristo (**Juan 14:6**), porque en Él vivimos, nos movemos y somos (**Hechos 17:28**).

“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas”.

Mateo 11:28 y 29

Todos los hijos de Dios en algún momento nos preguntamos: ¿Qué podemos hacer para ser más como Jesús? Sin dudas Él es nuestro referente, nuestro ejemplo y a quién admiramos por sobre todo ser. El apóstol Pablo escribió. ***“Sed imitadores de mí, como también yo lo soy de Cristo”*** (1 Corintios 11:1). La búsqueda por ser semejantes al Señor, es la lógica de todo discípulo.

“Porque para este propósito habéis sido llamados, pues también Cristo sufrió por vosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus pisadas”

1 Pedro 2:21

Pedro dice que Cristo nos dio ejemplo a través de su vida. La palabra “ejemplo” en griego es ***“hupogrammon”***, y

bien podría describirse como el patrón escrito que los estudiantes copiaban para facilitar su aprendizaje al escribir. Cristo es el patrón que debemos seguir, es el ejemplo o modelo sobre el cual los creyentes debemos trazar nuestras vidas.

Sin embargo, si prestamos atención al escrito de Pedro, vemos que dice: *“Cristo sufrió por vosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus pisadas”*. No dice que no tuvo ningún problema y, por tal motivo, puede ser nuestro ejemplo de vida. Dice que sufrió, y que puede ser para nosotros un ejemplo porque, a pesar de haber sufrido, pudo consumir Su propósito haciendo la perfecta voluntad del Padre.

Si pretendemos vivir honrando la unción, debemos aprender a ser personas solitarias y sufridas. No podemos pretender que todo el mundo nos quiera, nos apruebe y nos admire. Por el contrario, una de las cosas que debemos asimilar y padecer los ungidos es la soledad. Puede que tengamos actividades grupales y tiempos que pasar con gente, pero no debemos desechar los momentos de soledad.

Jesús estuvo rodeado de multitudes, pero su mayor fortaleza no la recibía de Su popularidad, sino de la soledad y de Sus tiempos con el Padre. Él se apartaba a lugares desiertos, sin gente, para estar a solas, orar y encontrar dirección respecto de todo lo que debía hacer o decir. Vivir Reino es vivir bajo el gobierno del Padre, y no se puede encontrar Su voluntad si no tenemos intensos tiempos de sosiego.

No podemos pretender ser ungidos y, a la misma vez, ser comprendidos o estimados por todos. Esto no es lógico en lo natural, pero espiritualmente es ineludible. La gente amaba a Jesús y quería estar con Él, con la misma intensidad con que muchos le criticaban, le despreciaban y le acosaban con la perversa idea de matarlo.

Cuando caminamos en la unción, hay gente que nos buscará, que nos pedirá hablar con nosotros o que nos pedirá que oremos por ellos; pero también habrá gente que nos rechazará, que nos criticará y que dirá toda clase de mentiras o desprecios sin motivo alguno. No importa cuánto amor pretendamos demostrar, siempre habrá gente que nos rechace. Así es la luz: estimada por algunos, pero muy molesta para otros que aman la oscuridad.

No podemos pretender tampoco que todas las cosas nos salgan bien por causa de la unción. Ciertamente, todo nos ayudará a bien, pero estaremos lejos de no tener problemas. Cuando caminamos en la unción, las dificultades serán una constante. Es lógico y debe ser así. La unción genera constantes impactos contra las tinieblas, pero, a la misma vez, nos reviste de resiliencia espiritual para soportar y avanzar hacia el propósito.

Quienes pretendamos vivir en la unción del Espíritu no debemos hacer reclamos, no debemos ser débiles, ni debemos demandar amistades, entendimiento de nuestro entorno ni carencia de problemas. La unción es difícil de portar, y quienes no la entiendan se frustrarán en gran manera. De

hecho, este es uno de los motivos por los cuales muchos retroceden en el propósito.

La soledad y las aflicciones pueden ser generadas por diferentes motivos. No todas tienen que ver con la unción, ni todas tienen que ver con el pecado y la falta de fe como algunos pretenden. El llamamiento a padecer no es un asunto menor ni periférico a la vida cristiana, sino que es una cuestión integralmente relacionada con una vida dedicada a Dios. Pablo escribió: *“Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios”* (Hechos 14:22).

Pablo comunica que las tribulaciones vendrán inevitablemente sobre quienes andan por el camino angosto hacia el Reino de Dios. Sin embargo, sería un error concluir que la vida cristiana está marcada por la amargura ante los padecimientos experimentados, porque, según Pablo, se sufre por amor a Cristo y por el diseño de la Iglesia (**Colosenses 1:24**).

La realidad del sufrimiento en la vida de un cristiano, no debe sorprender a nadie, especialmente a aquellos que creen ser discípulos de Cristo y pretenden caminar en la unción. Somos invitados a seguir a Cristo, no para salvar nuestras vidas, sino para perderlas por causa del Reino (**Lucas 9:24**).

“Porque a vosotros se os ha concedido por amor de Cristo, no solo creer en Él, sino también sufrir por Él.”

Filipenses 1:29

Jesús nos enseñó: *“Si me persiguieron a mí, también os perseguirán a vosotros”* (Juan 15:20). Así que no es de sorprender la aflicción causada por la fidelidad a Dios. Más bien, la medida de la fidelidad de los cristianos es proporcional a la medida de unción que pretenda manifestar.

Jesús tuvo que eludir sobrenaturalmente las intenciones de matarlo que tenían los religiosos judíos. Fue rechazado por los ancianos, los principales sacerdotes y los escribas (**Lucas 9:22**), y también por muchos otros detractores (**Lucas 17:25**); padeció bajo las tentaciones de Satanás (**Mateo 4:1 al 11**), y tuvo que enfrentar a legiones infernales (**Marcos 5:9**); sufrió vergüenza, ignominia (**Salmo 69:19 y 20**), sufrió murmuración en su contra (**Lucas 15:2**); y el oprobio de quienes lo despreciaron (**Salmo 22:6**).

Fue entristecido y compungido por los pecados y la incredulidad de los hombres (**Marcos 3:5**); sus familiares pensaban que se había vuelto loco (**Marcos 3:21**); fue acusado de ser un pecador y amigo de los pecadores (**Mateo 11:19**); fue acusado de estar empoderado por satanás (**Mateo 12:24**), y endemoniado (**Juan 7:20**); fue injustamente juzgado y condenado (**Mateo 26:59 al 74**).

Anduvo errante en su ministerio terrenal sin tener donde recostar su cabeza (**Mateo 8:20**). Fue negado y abandonado por todos sus discípulos (**Mateo 26:56 al 75**). Sufrió como nadie más, porque todo Su sufrimiento fue innecesario, pero así estaba profetizado que ocurriría. El profeta Isaías escribió:

“Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos. Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados”.

Isaías 53:3 al 5

Contemplar el sufrimiento de Cristo no es fácil. Pensar en cómo nuestro Salvador sufrió nos debe producir una tristeza profunda, pero también una gratitud sin fin. Armados con una comprensión bíblica, nuestro llamamiento a caminar en la unción y en el ejemplo de Jesús, debe volvernos determinados y fuertes en Él. Pedro escribió:

“Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que en medio de vosotros ha venido para probaros, como si alguna cosa extraña os estuviera aconteciendo”

1 Pedro 4:12

Los ungidos podemos considerarnos bienaventurados al sufrir aflicciones, padecimientos y persecuciones por causa del Reino. Quien afirma ser cristiano sin sentir las aflicciones de Cristo y llevar Sus marcas, es una persona que no ha comprendido lo que implica caminar en la unción del Espíritu Santo. Si deseamos manifestarla, el quebrantamiento es absolutamente necesario.

Así como no se puede ver ni comer la yema de un huevo sin romper su cáscara, tampoco se puede ver ni experimentar la unción en un hijo de Dios sin padecer el quebrantamiento de nuestro yo. Entendido esto, debemos observar en Jesús, otras actitudes claves respecto de la unción. Seguir las pisadas de Cristo nos costará todo, pero son las únicas pisadas dignas de ser imitadas.

Jesús siempre estaba alerta y consciente de Su entorno y de las necesidades de la gente. Si queremos honrar la unción, debemos prestar atención a los demás y no enfocarnos solo en cuestiones personales. Jesús no demandaba atenciones o centralidad; Él se brindaba en favor de las personas necesitadas.

Jesús era un hombre audaz, que no tenía temor de hablar o de actuar ante quien fuera. Si deseamos honrar la unción, no debemos actuar de manera temerosa o con timidez; más bien, debemos ser intrépidos y audaces. Por otra parte, Jesús era prudente, cauteloso y criterioso para actuar. Ser audaz no significa comportarse de manera desubicada o irrespetuosa.

Jesús era un hombre ungido con óleo de gozo más que Sus compañeros. Es decir, era un hombre feliz, conforme ante cualquier situación, capaz de adaptarse a toda circunstancia y comodidad. Si deseamos honrar la unción, debemos procurar contentamiento. Los codiciosos, desconformes, demandantes o ambiciosos no pueden avanzar con un servicio efectivo a la manera de Jesús.

Jesús fue un líder con la capacidad de tomar decisiones difíciles basándose en la voluntad del Padre y no en la propia. No negociaba jamás Sus intereses. Si deseamos honrar la unción, debemos poner a Dios siempre en primer lugar, evitando ceder ante la presión de intereses humanos.

Jesús era absolutamente fiable y no tenía problemas en cumplir con lo que debía hacer, aunque eso implicara un sacrificio inesperado. Era diligente y determinado para gestionar Su tiempo y Sus acciones. Se proponía metas y las cumplía en el tiempo del Padre, haciéndolo de la manera correcta. Si alguien desea funcionar en la unción del Espíritu, no debe ser perezoso; debe visualizar cada tarea como una misión especial del Señor, y utilizar todas sus energías para cumplirla (**Colosenses 3:23**).

Jesús utilizaba muy bien Su discernimiento espiritual y juzgaba con justo juicio. Su capacidad de leer el corazón de las personas e interpretar correctamente las situaciones era contundente. Si deseamos honrar la unción y trabajar para su crecimiento, debemos pedir discernimiento espiritual para actuar con verdadera sabiduría y juicio divino.

Jesús era discreto, pero no ingenuo; tenía la capacidad de evitar palabras, acciones y actitudes que podrían tener consecuencias indeseables. Era un hombre entusiasta y enérgico, expresaba un impulso y una actitud sorprendente. Actuaba con fe y con gran confianza. Si deseamos que en nuestra vida la unción fluya sin impedimentos, sin duda debemos imitarlo.

Jesús era compasivo, y no tenía reparos en perdonar rápidamente a quienes lo ofendían. Era amable y generoso, no tenía problemas en dar y en ayudar a quienes lo necesitaran. Si deseamos recuperar la unción o procurar su incremento, debemos evitar el orgullo, la tacañería y la apatía.

Jesús era un hombre que expresaba gratitud al Padre y a todos los que tuvieran una atención hacia Su vida. Tenía una humildad única, era justo y lleno de amor por el prójimo; tenía paz, paciencia y verdadero gozo espiritual. Si deseamos la unción, debemos fructificar. Es trascendental que no busquemos milagros antes que frutos. Hay demasiados ministros más interesados en lo sobrenatural de los milagros que en lo sobrenatural de los frutos.

Jesús era un hombre leal, que en los momentos difíciles demostraba Su compromiso con aquellos a quienes consideraba discípulos y gente de confianza. Era manso y paciente; podía ceder Sus derechos y expectativas personales en pos de beneficiar a otros. Si deseamos honrar la unción de Dios, no podemos ser egoístas o egocéntricos.

Jesús era un hombre obediente al Padre, era ordenado, responsable, puntual, veraz y seguro de Sí mismo. Utilizaba Su sabiduría para actuar y responder. Si en verdad deseamos unción, no podemos ser desordenados, irresponsables o impuntuales. Es muy importante que nuestras palabras o compromisos sean cumplidos de manera radical.

Jesús era tolerante, paciente y de gran resiliencia espiritual. Entiendo que Jesús es la vara más elevada con la cual nos podemos medir, pero Él es nuestro maestro, nuestro referente y nuestro ejemplo. Él es todo a lo que podemos aspirar. Su unción es Su Espíritu, y no lo recibimos para exaltar nuestro ser, sino Su persona. Si deseamos honrar la unción, debemos dejar de ser, debemos despojarnos de nuestra vieja naturaleza viciada, debemos tomar la cruz y morir a nuestro yo, para que Él, y solo Él, pueda ser exaltado.

Pablo nos muestra claramente el camino de la recuperación:

“Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos. No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la

*meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en
Cristo Jesús”.*
Filipenses 3:7 al 14



RECONOCIMIENTOS

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro

Oswaldo Rebolleda

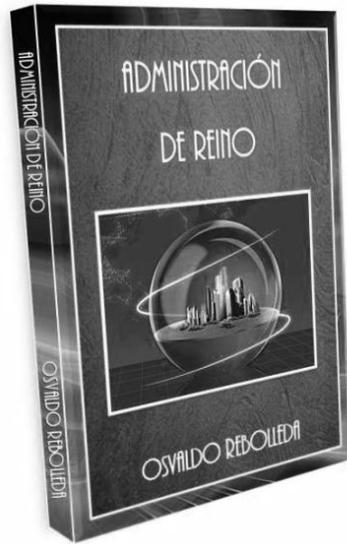
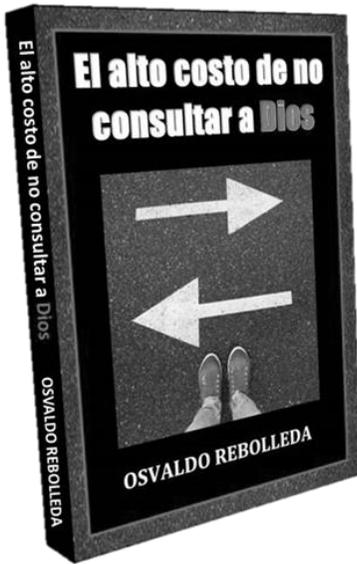


El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

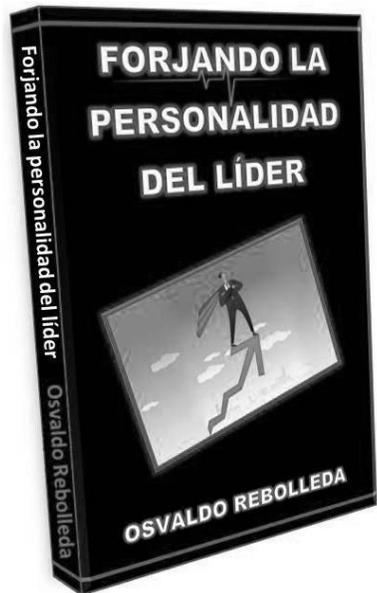
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un Doctorado Honoris Causa en Divinidades de La Universidad teológica de Estados Unidos. Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina Y hasta lo último de la tierra.

rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com



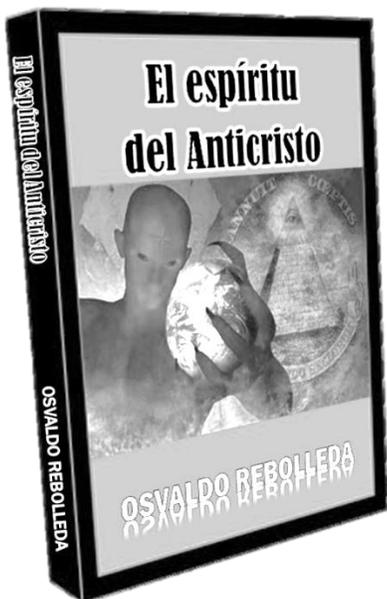
www.osvaldorebolleda.com



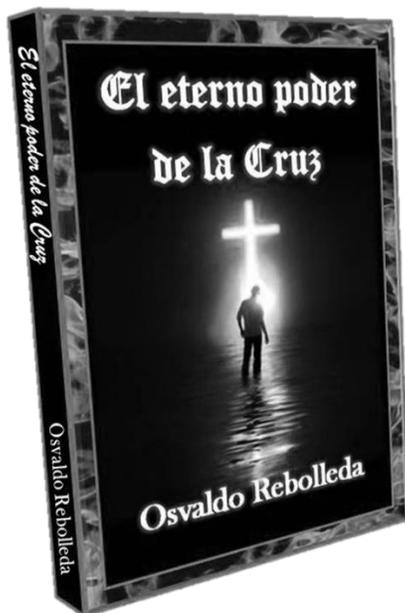
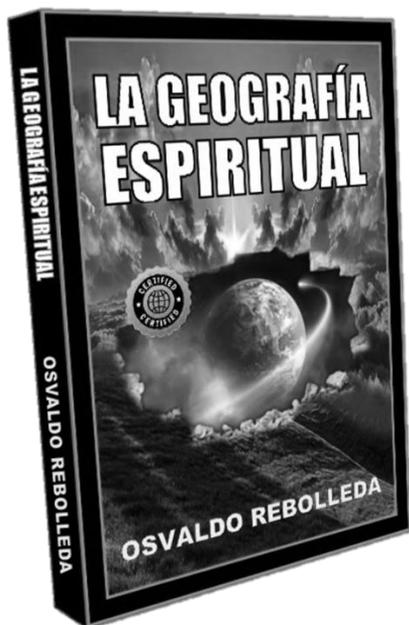


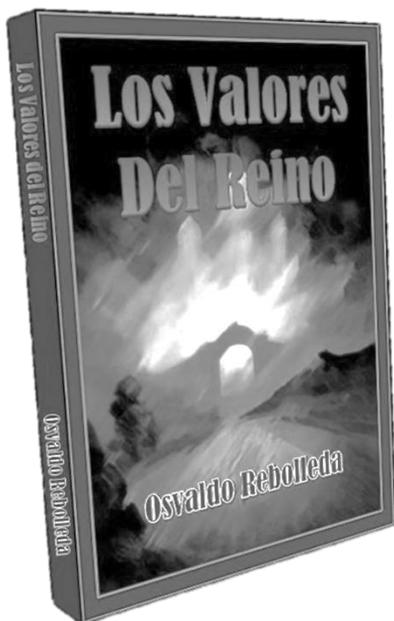
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

